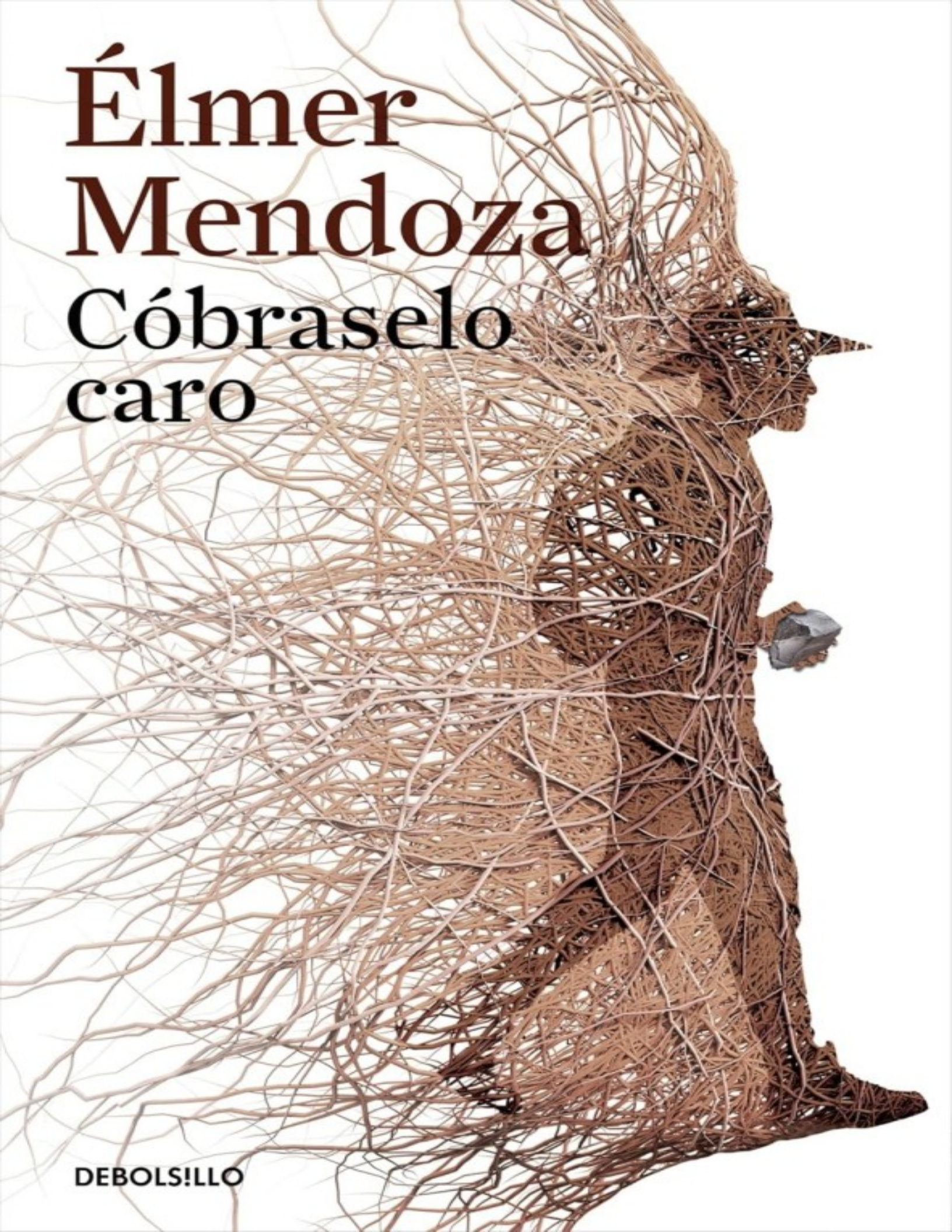


Élmer Mendoza Cóbraselo caro

DEBOLSILLO



Élmer Mendoza

Cóbraselo caro

DEBOLS!LLO

BESTSELLER

Para Leonor

El hombre no vive: resucita.

ROBERTO JUARROZ

Había perdido sus recuerdos y le gustaba; le quedaban unos cuantos, cierto, pero eran nombres, lugares y frases que apenas le daban un lugar en el mundo; vio sus uñas recortadas y se las sopló: limpias, se talló la barbilla, flan de manzana; su pensamiento era corto, sin olor ni sabor, le acomodaba bien la ligereza, Si la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad?, sonrió, ¿Por qué no había llegado Lily?, Siempre se puede elegir el sufrimiento, ¿de dónde sacaba eso? Encendió la tele, pero no le entendió. Una frase: todo hombre es una idea de Dios y de sí mismo, sacudió su cerebro engarrñado, ¿qué quería decir? Escudriñó el buró, Qué problema con Dios, apenas aparece y se apodera de todo, entonces uno no puede saber qué dijo, cómo lo dijo y para qué lo dijo. ¿Se había tomado las píldoras? Su mujer debía saber; sin preguntas o respuestas, vivía en un estado de cómoda inconsciencia, dejaba que su mente navegara entre el sí, el no y el no sé, Pero salió de viaje, fue a ver a su padre, ¿dónde vive? A sus hermanos, ¿y los recuerdos, a dónde van? Lo único que no olvidaba eran las piedras: su matiz, su peso, su forma: eran la razón de su vida, su conexión sagrada con el mundo.

Sentado en su cama, recargado en la cabecera, apenas notó que oscurecía. Con graciosa torpeza sus padres se instalaron a los pies, no les puso mayor atención porque creyó que era alguna sombra que al fin se había decidido a irrumpir en su habitación, Llegó tu hora, Nahual, expresó su madre con voz clara, bromeando, Si no te molesta te queremos en el panteón del pueblo, ¿Qué pueblo?, Con tus abuelos, tíos y primos, su padre dejó caer el brazo sobre los hombros de su compañera levantando un polvillo sensual. Aquí fue donde los recordó completamente, accionó el apagador, pero continuaron en penumbras, vislumbró sus rostros reseca, él de negro, ella de blanco, elegantes, ajados pero cariñosos. Encontró sobre el buró el agua y las píldoras, pero no las tocó, ¿Para qué quieres luz?, Para verlos mejor, Estamos igual, ¿verdad, tú?, He visto tanto estos días que dudé, La luna es suficiente, Nahual. Fijó la

vista, reconoció sentirse sosegado, habituado; claro, tenía años lidiando con las sombras, ¿dónde los había enterrado? Infelices que no encontraban su lugar. Volvió a las figuras que flotaban tranquilas. ¿Hologramas? Para nada: sus padres sonrientes, lejos de la sepia, ¿Significa que voy a morir?, ¿Morir, qué palabra es esa, tú?, Significa lo que significa, algunas personas lo entienden así, él vio imbatible el muro del azar en su cabeza, balbuceó, Necesito tiempo, olía a maleta vieja, No mucho, se puede decir que unos minutos, ¿lo podrían conseguir? Su padre lo miró severo, Déjate de chiquilladas, Nicolás, le llamó la atención la madre, Tamaño hombrón y con esas tarugadas, Es tu hora y ya, y no estás para poner condiciones, el padre no había sido tan estricto como se oyó en ese momento, Te toca, Nahual, y no te dilates que no hemos venido de paseo, la madre siempre es la madre, El camino es un enredijo, pero con nosotros de guías llegarás en lo que debes llegar, ¿verdad, tú?, Esperen, buscó sus pantuflas, Por favor, transpiraba emocionado, Antes quisiera que..., de veras tienen que ayudarme, trató de beber agua, pero volcó el vaso sobre la alfombra, tras la ventana todo era luna llena, Llevo años enfrentando cualquier cantidad de adversidades y no quiero dejarlo así, es muy importante; casi nada recuerdo de mi vida, pero no importa, solo quiero salir de esta, de veras, estoy muy cerca del final. El aire movió la cortina, No seas ridículo, Nicolás, ¿qué no eres hombre? Sabemos que no es fácil controlar el temor, es natural la resistencia, ¿Fui miedoso?, No lo recuerdo, en ese momento advirtió que el perro del vecino aullaba, No fue, lo apoyó la madre, Siempre supo plantarse, acuérdate cuando se extravió en aquel naranjal, esperábamos encontrarlo llorando y nada, aparte de que no se comió ninguna en cuanto nos vio nos sonrió muy propio él, Nadie puede conseguirte tiempo m'ijo, o sea que ya es ya y no hay manera de cambiarlo, Así es, Nahual, cuando te toca, te toca. De la casa de junto llegó la voz cariñosa del señor Ferguson que intentaba tranquilizar a su perro. Se peinó con los dedos y se puso de pie, sus padres se sostenían sobre el colchón, oscilaban, Dejen que les enseñe lo que tengo en la habitación del fondo. Caminó hacia la puerta, había dado un par de pasos cuando el cristal de la ventana se corrió violentamente.

Ventarrón. Silbidos. Cortina flotante. Un monje de facciones conocidas les allanó el camino, y sin decir adiós sus padres se desvanecieron por el hueco seguidos del religioso. En su lugar apareció Severiano Jiménez con su mirada torva y sus escupitajos de desprecio, ¿Y ahora? Un horrible aullido lo engulló todo. Después, un silencio de espátula, que es el silencio en estado puro.

Querido Marsalis, sé que no te gusta esta expresión, pero de momento no tengo otra: estoy traumada. Nick soñó anoche, ¿lo puedes creer? Acuérdate que es un bulto y así duerme, incluso nunca cree que yo sueñe con tanta frecuencia. Se encontraba bajo una cruz de ceniza hecha sobre un cristal muy claro, un moño de palma bendita le cubría la cara y no podía moverse, él y su familia se refugiaban de un pavoroso ciclón en una casa pequeña, a través del cristal veía su cara maquillada como una geisha, qué asco, ¿no? Insistí en que tenía que cuidar su dieta, todas esas salsas picosas, los condimentos, la harina, la grasa lo están convirtiendo en un cerdo; no quiere ni oír hablar de la ensalada de lechuga con betabel que es tan buena para el hígado, tampoco quiere tomar sus cápsulas de algas mediterráneas ni las papas cambray; ¿por qué los hombres son así?, creo que los metrosexuales han llegado demasiado tarde. Poco queda de aquel magnífico cuerpo que aterrorizaba a los enemigos de los Spartans y que enamoraba a cuanta mujer pasaba a su lado; ¿qué tiene contra la comida orgánica si lo único que obtiene son beneficios? A ver, tú, que todo lo sabes y lo que no sabes lo inventas, respóndeme, y no me salgas con que me lo advertiste desde un principio. Luego oye esa música mexicana de perdedores tan horrible, *ojalá que te vaya bonito*, ¿qué es eso?; y lo que más me preocupa: su desinterés por el sexo, no es que me ande muriendo por ello, bueno, a lo mejor sí, ¿para qué sirve un macho si no es para eso? Más de una vez te conté que era insaciable, ay, Dios, no sé por qué te cuento estas cosas, mejor olvídalo, confórmate con saber que no me ando muriendo, pero lo extraño. Tiene su lado ridículo por supuesto: el muy canalla finge estar perdiendo la memoria, ¿qué crees que me preguntó esta

mañana durante el desayuno?: mi vida: si la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad?, ¿lo puedes creer? Te digo que algo le está ocurriendo. Después me propuso ir a México; en menos que te lo cuento perdí el mal humor, ah, Los Cabos, cómo me gustan esas playas ingenuas, como les llamas; espero que estando allí se le despierte lo que tenga dormido; ay, Marsalis, no me pongas nerviosa, ¿lo tendré que cambiar tan pronto? Voy a llamar al doctor Allen. Tal vez le haga falta un buen tratamiento hormonal, se trata de pasarla bien, ¿no?, ¿crees que me he repuesto del hospital? Nada, un día te contaré mis pesadillas para que veas que no te engaño. En fin, espero que Los Cabos nos ayuden, es un ambiente adecuado, puedes orientar a la gente en cómo tratar a las ballenas y comer sano.

Si la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad? Después de un largo viaje se hallaban a un lado del volcán Ceboruco en Nayarit y la puesta de sol era de una belleza humillante. Bebían ginebra fría. Pureco pensó en sus padres muertos hacía tiempo, en los viajes que no hicieron, en la llamada a las tres de la mañana: ¿Tía Carmen?, Resignación, m'ijo, ¿Cómo fue?, Aquí la muerte no es como allá, es muy ruidosa: pisa chueco, arrastra algo, es asmática, no sé, el caso es que me despertó, pero no me quise levantar, la oigo tan seguido que ya no me alarma; ah, pero después oí un silencio que, no no no no no, ese sí que me espantó; me levanté y fui a ver; había dejado a tus padres en la sala y ahí estaban los pobrecitos, quietos, sonrientes, con la tele prendida.

A su derecha, Lily dormitaba sobre una toalla. Él intentaba distraerse lanzando piedras a las lagartijas, estudiando el zacate, pero un vórtice cada vez más intenso se lo impedía. Una carcoma que lo acompañaba desde Chicago y que al entrar en tierras mexicanas se agudizó. ¿Qué significaba? No era un hombre de presentimientos o de premoniciones.

El suelo era negro e irregular, de lava volcánica, y las yerbas crecían dispersas. El cielo hería. De pronto anunció: Encontraré las

piedras del cuerpo de Pedro Páramo sea como sea, ¿Cuándo las perdiste? Lily, que se hallaba malhumorada y recordaba mal su lectura de la novela más importante escrita en español en el siglo xx, pero no así el final, objetó: ¿Qué no se hace polvo?, Pureco sacó de su guayabera un ejemplar bastante maltratado, pero no lo abrió, solo por seguridad pronunció las últimas palabras: «Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras», ¿Cómo se llamaba la mujer que intentó moverlo al final?, No me acuerdo, bebió el resto de ginebra de su vaso térmico, desde luego que se acordaba, solo que pensó que no valía la pena mencionarlo, tomó un pedrusco del suelo, lo sopesó y lo guardó junto al libro, Lily se puso de pie, ¿Tienes idea de dónde encontrarlas?, cuatro gavilancillos sostenían el universo, No.

Correr es una forma de ser feliz, y el señor Ferguson lo hacía en su jardín sobre los rododendros y las gerberas sin afectarlas demasiado. Su perro lo seguía con entusiasmo: saltaba, ladraba e iba por el hueso de plástico a donde se lo arrojara. Dos veces saltó la verja del cuidado jardín de los Pureco para ir a su rescate. Qué momentos vivía el señor Ferguson. Su rostro era la Estatua de la Libertad. Después le ponía la correa, tomaban la calle larga, poblada de maples y cipreses y se iban muy juntos, convencidos de que el compañerismo es sagrado y de que la vida hay que vivirla.

Lily abandonó el avión temerosa, no deseaba ese viaje, dejar a su familia emocionada con la historia de su marido no disminuía su preocupación; de no haber insistido el doctor Allen habría permanecido en Calgary unos días más. Hacía años que su esposo no era el mismo, desde que se obsesionó con la búsqueda del cuerpo de Pedro Páramo, su contacto con la realidad resultaba muy singular y ella había dejado de preguntarle. Era una maldita locura y cada que podía se lo restregaba en la cara: Tienes tus negocios, tus buenas relaciones, tu futuro asegurado, ¿por qué te ocupas de estupideces?, ¿por qué las buscas?, ¿no te basta con las que la vida te da?, ¿te estás metiendo algo? No obstante, esta vez no lo haría,

simplemente lo obligaría a volver a Chicago, a ponerse en manos del especialista. Tal fue el acuerdo con el médico que por enésima vez le aseguró que no era alzhéimer, el hombre simplemente había reducido su vida a una misión, el resto no le interesaba. Uno no puede desamparar a su pareja, pero todo tiene un límite. Le había llamado al hotel el día anterior: Tienes que ir por mí al aeropuerto, anótalo en tu mano y si te bañas que no se te vaya a borrar, come bien y mañana nos vemos. En la aduana la pasaron con una sonrisa y siguieron revisando minuciosamente las maletas de un brasero que volvía. Pureco la esperaba tranquilo, más prieto que nunca y con un enorme virote de regalo. Sonrió. *La vida en rosa*. Veintiún años viviendo juntos y aún intentaba sorprenderla. Lucía un disparatado bigote mexicano de cuatro días.

Guadalajara en un llano.

En el camino le explicó lo de sus padres, que debía darse prisa con las piedras que le faltaban, Nicolás, el doctor Allen está muy contrariado, quiere verte cuanto antes, ¿Quién?, Por favor, Nick, no te expreses así, el doctor es una eminencia, y si lo quieres saber yo tampoco entiendo, ¿qué es ese asunto de tus padres en nuestra casa conversando como si nada? Los muertos no se aparecen, Nick, no hablan y naturalmente no dan prórrogas, Claro que se aparecen, no estoy loco, era explosivo, ¿Te acuerdas del monje de los zapatos feos? Pues allí estaba también, abrió la ventana, impidió que llegáramos a un acuerdo, debo apurarme porque no sé qué tiempo tengo; y en cuanto a ti no me importa, si no quieres acompañarme nos regresamos al aeropuerto y te me vas derecho a Chicago, Lily lo observó, supo que su intento era un fracaso, ¿Y ahora? Contó hasta doce y se calmó. Se dejó sorprender por la ciudad: ¿No había más árboles, Nick?, No sé, antes de ir a Canadá le había preguntado el nombre de sus padres y no solo se tardó en responder, sino que lo hizo mal, También vi tu sombra, comentó, ¿Mi qué?, Tu sombra entró en la habitación de las piedras y se perdió, Ay, Nick, realmente estoy deshecha. En un semáforo, por la calle Hidalgo, ofreció el virote a unos niños que la miraron con indiferencia. Vestían antiguos trajes oscuros con corbatas ajadas. Evocó a Macedonio Fernández cuando desaparecieron abruptamente. Pureco sonreía.

Apulco a las once de la mañana es un desdén tapatío.

En el solar de la hacienda de los Vizcaíno Arias se ha construido un convento para varones. Se coló sin autorización. Intentó experimentar algo extraordinario, pero no pasó nada. Incluso la inquietud se había atemperado. Había transcurrido un mes desde la tarde en el Ceboruco y no alucinaba desde sus tiempos de acidez, periodo que superó rápidamente porque se aterrorizaba con el exceso de colores y vibraciones. Un patio sembrado de calabazas y una barda de piedra era lo que quedaba. Algunas flores silvestres y tres magueyes, ¿Se le ofrece algo? Un joven de rostro angular, nariz respingada y ojos pequeños, con las manos entrelazadas en el abdomen salió de un templo alargado. Le buscó los pies: botas de escalador, ¿Cuántos años hace que fundaron este convento?, Pocos, ¿Cuánto permanecerá aquí?, el monje tenía el pelo alborotado, la frente amplia y se peinaba hacia atrás, Siempre, de voz reposada y mirada fría, guardaron silencio varios segundos, ¿Por qué lo dice?, Mientras sigan viniendo gentes como usted esto continuará vigente, y no puede permanecer aquí, es un lugar privado, se oyó el piafar de un caballo y el escándalo de dos perros que peleaban, Nick, Lily lo llamó desde la puerta que daba a la plaza, lucía más guapa que la noche anterior cuando le preguntó si le empacaba el traje de baño, Acá hay un señor que te puede orientar. El monje cerró la puerta tras ellos.

En Apulco se oye el giro terráqueo.

Era Tiburcio Ávalos, el jardinero, tenía 103 años y se confesaba todos los viernes primero. Fumaba cigarrillos.

¿Sus padres eran de acá?, No, señor, nacieron en Zacapu, Michoacán, él se fue a trabajar a Estados Unidos y pocos meses después vino por ella, murieron hace 18 años, Qué bonita la familia unida, había una cancha de futbol rápido, Usted no está bien de la cabeza, Pureco sonrió, ¿Por qué?, Lo que sobran son piedras, ¿qué no ve?, ¿Recuerda haber visto algunas diferentes, de color humano, algo así?, Recuerdo todo y siempre han sido iguales, ¿ustedes no son del gobierno? Un día vinieron a preguntar, querían saber cosas de uno: no les dijimos nada. Frente a la plaza la iglesia es el ejemplo a seguir. Un hombre montado en un burro arrea dos vacas, los

saluda tocándose el sombrero. Su alta torre blanca está llena de palomas, Otro día llegaron a vacunar a los niños, pero corrieron al monte, echó una espesa nube de humo, Escuincles del demonio, no agarraron a ninguno, los que no se fueron por el puente chico se fueron por el puente grande, porque tenemos dos puentes, ¿ya los vieron? Uno para mulas y otro para carros. En su cintura sobresalía la cacha en forma de cruz de un puñal plateado.

¿Sabe usted cómo se quitan la sed los hombres? Pureco fue a la tienda de la esquina por una botella de mezcal. El joven de los ojos pequeños se hallaba en una mecedora que rechinaba, le habían caído los años. Su cara era la de un anciano, lo miró respirando hondo, Espere, balbuceó con voz cascada, Pureco le prestó atención, ¿Qué? El otro se puso de pie y encorvado, trastabillando, salió a la calle. Los zapatos de escalador le quedaban flojos, eran viejos y no estaban acordonados. Fue tras él, pero un inesperado ventarrón lo cegó, ¿Se le ofrece algo?, una mujer hermosa, con un vestido oscuro que le cubría desde el cuello hasta el tobillo, lo miraba profundamente, Ah, hola, ¿cómo se llama el monje?, cara recia, pelo largo igualmente cubierto, En este pueblo no hay monjes, señor, creemos que cuando mi marido termine el templo vendrán algunos, pero de momento no podemos contar con esa bendición, Pero aquí atrás hay un convento, Ave María Purísima, ¿de dónde saca eso buen hombre? La de atrás es mi casa, Pureco sintió perder un instante, la mujer, o una mujer parecida, cara recia, pelo largo, pero ajuarada con un vestido a la rodilla y cuello V, le entregó la botella, ¿Algo más?, Pureco no pudo recordar la calle por donde vivieron sus padres en Vandalia, Otra botella, por favor.

Señor Pureco, oficina en el tercer piso, decorado mexicano, encima de su primer restaurante en el barrio Pilsen, en Chicago, Tiene llamada por la dos, me dice que es un conocido, que usted lo anda buscando, no recordaba haber buscado a nadie, no obstante tomó el teléfono, Soy Severiano Jiménez y nos hemos visto una vez en un restaurante japonés de La Villita, usted departía con un argentino que quería tomar leche, voz de fumador, Le sorprendió mi atuendo,

no sé por qué, es la forma de vestir de los mexicanos de verdad, Ah, lo recuerdo perfectamente, dígame para qué soy bueno, Sabemos en lo que anda, Pureco, y le pedimos, no, espere, le ordenamos que suspenda su búsqueda, deje a los muertos en paz; su pretensión es estúpida, aparte de que está entrando en terreno que no le corresponde, usted ni siquiera es de Jalisco; no estamos dispuestos a permitirle un solo paso en nuestro territorio; olvídense de sus corazonadas, de los indicios, de sus planes, olvídense de que lo pensó una vez; dedíquese a lo suyo, le ha ido bien, ¿para qué complicarse la vida?; si se empeña, agárrese, porque acabaremos con usted más pronto de lo que imagina; usted no nos conoce, Pureco, y le aconsejo que no quiera conocernos; son muchos años y usted es un mocoso que aún no aprende a limpiarse, No me digas, por qué no me. Clic.

Hagan de cuenta que le propuso: Pureco, ¿por qué no buscas las piedras, carnal?, ¿cómo qué cuáles?: las de Pedro Páramo. Si las encuentras resolveré todos tus problemas por el resto de tus días: salud, dinero y amor, querido amigo.

Abandonó su oficina encolerizado. A pesar de los años y de las dietas macrobióticas de su mujer, conservaba el gesto de perro que le había dado fama en la línea de golpeo de los salvajes Spartans de la Universidad de Michigan.

En el estacionamiento, ¿Y ahora?, no supo cuál era su carro. Tuvo que accionar la alarma siete veces.

Hoy fuimos al cine y el desgraciado no paró de roncar. Sé lo que piensas: pertenece a una raza inferior. No te culpo, tu fracaso en la Bolsa Mexicana de Valores no da para menos; yo más bien creo que es su alimentación: nadie que coma carne con esa fiereza puede llegar incólume a los sesenta años; anda preocupado, tenemos tres restaurantes y quiere abrir otros dos, ya sabes cómo se pone, da vueltas en la cama, se levanta, deambula, prende la lámpara para consultar papeles y así; se lo he dicho mil veces: no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita. Cuando regresábamos de Pilsen me preguntó si de joven había visitado México, ¿Estoy muy

vieja, Nick?, casi me pongo furiosa, Antes de conocerlo, trató de arreglarlo. Ya se lo había contado: nunca fui, me daba escalofrío, siempre me pareció un lugar violento y sucio, jamás comprendí a mis amigas que se la pasaban soñando con Vallarta o Acapulco, ¿qué emociones podrían tener aparte de alcohol, drogas y sexo desbocado? Las veía patéticas, además, no olvides que los morenos me sacaban urticaria, claro, hasta que lo conocí a él, ¿te acuerdas de cuando te conté? Insensata de mí. Ni siquiera fue en una fiesta: fue en el maldito hospital, llegó acompañando a unos amigos de la universidad que habían sido apuñalados en un burdel, era una fruta madura, un jefe indio para comérselo a besos, algo tímido, pero nada fuera de lo normal. Cómo te sorprendiste, ¿te acuerdas?, ¿tú, un chicano?, me dijiste, Ni más ni menos, te respondí. La vida era loca y estábamos en ella.

Esta mañana desayunamos huevos de codorniz, los comió sin chistar, pero no quiso el licuado de manzana verde. Lo que jamás desprecia es el jugo de naranja. El colmo fue la semana pasada, ¿no te conté? Llegó con una extraña bolsa de tela con café de Zongolica, un lugar en Veracruz; ahora no hay manera de que tome otra cosa. No he puesto demasiados reparos porque es orgánico, que si no, ya supiera ese imbécil el destino de su sucio brebaje. El tequila, aunque ahora lo bebe con más frecuencia, siempre le ha gustado, ¿a quién no, verdad Marsalis? Me preocupa que sigue perdiendo la memoria, se hallaba viendo el beisbol, creí que estaba bien entrado cuando reconoció: no le entiendo a este juego, y apagó la tele, ¿lo puedes creer? Y lo más increíble, con lo fanático que es no se interesó por ver ningún partido de la NFL. Estuvo bien porque seguía *Oprah* y no quería perdérmelo. Aún no olvido cómo botó las otras teles, las que teníamos en el cuarto del fondo, donde ahora tiene su estercolero. Jamás había oído algo tan pestilente, no lo soporto. El desgraciado me la hizo: yo pensando que íbamos a Los Cabos y nada, fuimos a parar a un lugar horrible: una pesadilla; además nos fuimos en carro, un martirio: calor, carreteras rotas, niños desnutridos; no sabes, arrepentidísima de haberlo acompañado. Fue cuando se le ocurrió que tenía que encontrar las piedras de Pedro Páramo, ¿te imaginas? El cuerpo de un personaje literario. Oye, me tengo que ir,

quedé con Nelly Windsor para que me cuente de todas las ofertas de la ciudad. Es una loca que visita todas las tiendas y hablando con ella ahorras todo el tiempo del mundo, ¿la recuerdas? Es la que inventó la granola Tres Equis.

Unos guitarreros cantaban *La Teodorita*. Lily dormía profundamente en el carro. Habían volado muy temprano desde Chicago y el calor y un poco de aguardiente terminaron por postrarla. Era el primer viaje de su marido en busca de las piedras y no quería dejarlo solo, total, ya se le pasaría. El trayecto desde Apulco en la EcoSport rentada en el aeropuerto había sido monótono. Nicolás Pureco entró a Tuxcacuesco y manejó hasta el panteón como si siempre hubiera vivido allí. Era la hora de la siesta. Perros desde la sombra miraban hechizados. Se encontraba en medio de campos de labranza calcinados. La mayor parte de las tumbas lucía descascarada, con las lápidas borrosas. Obsequió la segunda botella de mezcal a los guitarreros que jamás suspendieron el canto, Qué gente tan alegre, pensó, Hasta en el cementerio cantan. Había humedad. Algunas piedras visibles eran porosas, pardas, multiformes. Se internó por la parte más antigua atento a los nombres. Caminaba muy erecto, como queriendo quedar bien. El sol quemaba. Las ardillas entraban y salían de una tumba deshecha. Una joven con una cubeta de agua pasó a su lado, No debería darle vino a los hombres, señor, luego no hay quién los aguante, si están enamorados miran con insistencia, si son abandonados no paran de llorar, si hay fiesta en San Gabriel se les hace tarde para irse: no debió, luego nadie los contiene, ¿usted no es de acá, verdad?, Vivo en Chicago, repelada, ojos negros, rostro fino, Lléveme con usted, señor, puedo ayudarle a su señora, la que duerme y sueña en el paraíso, sé guisar, lavar, planchar y matar piojos, ¿ve esta agua? Estoy cansada de limpiar tumbas, desyerbarlas, no tienen fin, se acabarán los pueblos pero no sus panteones y nadie viene de visita; en noviembre parece feria, pero los otros meses es una desolación que da miedo. Debo irme con usted, señor, estoy desesperada, no puedo seguir aquí, me casé con

un primo, pero nosotros no sabíamos, se lo juro, él llegó a trabajar de maestro, vino de lejos, de Guadalajara, ¿sabe dónde queda?

El cielo era una hoja en blanco. Sin saber cómo, Pureco se fue separando de la mujer, veía sus gestos, sus labios en movimiento, pero dejó de oírla. Los guitarreros desde cuando que se habían marchado. Apenas sintió la mano de Lily que lo tomó del brazo, ¿Estás bien?, y lo condujo de regreso.

Macedonio Fernández lo escuchó. Se habían citado en un restaurante japonés de la calle Washington donde el personal era mexicano, ¿Pero te das cuenta? Revolucionarás la arqueología, había pocos comensales, No lo puedo creer, al fin alguien hará algo en este país, aunque no estoy seguro si lo merezcan, ¿Has leído *Pedro Páramo*? Al escuchar el nombre el mesero que los atendía soltó el plato de sashimi que no se rompió porque era de plástico, pero provocó el suficiente escándalo como para que el dueño lo mirara con ojos de ¿qué te pasa, imbécil?, Vine a ver a mi padre porque me dijeron que vivía por aquí, Pues se trata de él, al morir su cuerpo se resquebrajó como una estatua sin suerte, cuando lo pienso siempre llego a lo mismo: un camino que serpentea, una luz que vacila, una bajada, una subida, ¿Tenés una cabra en casa, boludo?, Me decidí en el Ceboruco, un volcán apagado que está cerca de Guadalajara, fue como si hubiera estado escrito en el paisaje, comió un poco, Espero que sea una cabra de colores que son las mejores para la ordeña, ¿los japoneses toman leche?, llamé al mesero, ¿Cómo te llamás vos?, Severiano Jiménez, señor, Lindo nombre, che, ¿podés traerme un vaso de leche?, No servimos leche, señor, Lo sabía, ese líquido verde con que las dragonas alimentan a sus crías es imposible para el consumo humano, Pureco se topó con la cara del mesero y le pareció extraña, En algún lugar debe estar enterrado, expresé sin convicción, El poeta es un fingidor, es su privilegio, no lo olvidés, no hay otra manera de moverse en el espacio de lo imposible, irás a buscar algo que no existe, que es creación intangible, Fernández se limpió la escasa barba cana, en el claroscuro era un tótem de delgadez extrema, Son lindos los locos que hacen avanzar la civilización, ¿viste?, No pretendo acabar en eso, simplemente satisfacer una curiosidad, La razón por la que los

gatos son felices es porque se dejan llevar por su curiosidad y no temen llevar banderitas de taxi libre, se echaron una mirada, Solo dime cómo distinguir los fósiles humanos de las piedras comunes, así podré seguir mis corazonadas, Todo en esta vida es una corazonada, pibe, lo que contiene calcitas puede ser humano y viéndolo con detenimiento, tal vez tengan un alto grado de porosidad, depende de lo seco del ambiente, de la antigüedad, de la composición química del lugar, ¿sabés vos quién te sacará de dudas; es decir, analizará tus hallazgos, diagnosticará y decidirá de qué se trata? No vayás a confundirte con huesos de vaca. El mesero sirvió más té, temblaba, era moreno, alto, bigotudo y miraba desde adentro. Pureco terminó por ponerle atención y se quedó pasmado, a pesar del mandil, se le notaba su ropa de cuero y sus botas, y una cacha alargada que reforzaba su cintura. Unas manchas horizontales en las perneras lo incitaban a algo que no alcanzó a determinar porque le buscó los ojos: negrísimos, y su rostro frágil, húmedo, cobrizo. En el cuello lucía la marca del ahorcado.

Tiburcio Ávalos bebía mezcal. Les explicaba por qué no sembraba margaritas: No se dan, y cuando se dan la gente se las roba, y cuando la gente no se las roba viene el señor cura y las corta para adornar el altar. Con las rosas pasa lo mismo. ¿Ya vio qué bonito kiosco? Lo barren todos los días, así luce la plaza mejor. Ahora solo siembro cempasúchil y viera qué bien crecen, en octubre es lo más hermoso que hay, amarillean que es un contento; pero no lo puedo hacer siempre, tengo que esperar a que pasen las aguas. El resto del tiempo trato de que haya flores, cuando al fin logro que crezcan algunas llegan los puesteros o los jugadores de futbol y acaban con todo, son una plaga, unos desconsiderados; estos señores que ve aquí, que dejaron sus nombres en las bancas, trataron de cuidarlo, de mantenerlo floreciente, pero fue en vano, la gente no quiere entender y es muy cosijosa, no acaban con los árboles porque Dios es muy grande; mire, he tratado de sembrar siemprevivas, mastuerzos, cordón del obispo, pero ¿cree que los dejan? N'hombre, nomás los ven crecer tantito y ahí vienen a ver qué se llevan pa' su

casa. Son una amenaza. Es imposible tener un jardín decente para que cuando llegue gente como ustedes lo puedan apreciar. Lily lo escuchaba condescendiente. Era delgado, garboso, calzaba huaraches y sus pies negros parecían madera quemada. Echó humo por la nariz, El policía era mi pariente, murió hace cincuenta años de una borrachera en Zapotlán. Tardamos trece días en traerlo porque no paraba de llover, el pobre llegó deshecho, oliendo a rayos y con los zopilotes encima; no hemos vuelto a tener otro. Pureco se estaba mareando, esa bebida era veneno puro para él. Poco a poco sentía el movimiento del mundo, oía su lamento al girar; de pronto el pueblo fue una ruina: las casas carecían de techo y las paredes lucían en partes derrumbadas, la iglesia era gris, sin puertas y estaba habitada por murciélagos, las calles eran brechas de zarzales y el aire, ah, el aire, un capricho mediterráneo. Se cogió la cabeza, sintió que Lily lo sacudía, la vio sin escucharla. El viejo no paraba de hablar, luego dio un largo trago; cuando se limpió la boca cayó un pedazo del labio inferior que rodando llegó hasta los pies de Pureco, Hola, que vislumbró unos ojos de fuego y una sonrisa sin nombre.

A Pureco no le faltaban recursos. Además de tres restaurantes acreditados de comida mexicana en la ciudad, le había ganado una demanda por siete millones de dólares a una empresa refresquera por la pérdida de sus dientes. Parte de ese dinero lo empleó para hacerlos crecer de nuevo y el resto lo invirtió en bienes raíces. Vivía bien, en un barrio apacible y profiláctico, había jugado fútbol en la universidad y eso le daba pertenencia. Como *tackle* derecho siempre supo resguardar su territorio, Mi padre se llamaba Nicolás y mi madre Eréndira, que quiere decir flor, llegaron de Zacapu, Michoacán, un pueblo famoso por su comida; lo mejor es que sabían acompañarse, vivir juntos, pelear y contentarse; morenos, robustos, de ojos negros y alegres. Salvo a venerar a la Virgen de Guadalupe, cumplir mi palabra y no denunciar a los migrantes, no me exigieron gran cosa. Nunca me hablaron de mexicanidad, Benito Juárez o Tata Lázaro. Para ellos el dinero era un medio, aunque tenían suficiente para una buena despensa, siempre comieron frijoles, carnitas de

cerdo, tortillas y calabazas. No les impactó el modo americano, es posible que jamás probaran una hamburguesa o un pastel de manzana. Nunca encanecieron, ni siquiera porque la mitad de sus años vivieron aterrorizados por la migra, hasta que los convertí en ciudadanos americanos. Fue curioso: en cuanto les llegaron sus papeles murieron de muerte natural. La tía Carmelita me informó que querían descansar en su tierra, ¿será posible, con más de treinta años acá, que quieran regresar a su pueblo polvoriento, tendrá algún sentido? Gasté un dineral en ese capricho, por esos días andaba muy ocupado con lo de la demanda. Mientras disponían los cuerpos para viajar revisé la casa, encontré un ejemplar de *Pedro Páramo*, ¿Y esto? En su habitación; la misma tía, que ese día regresó a Zacapu para siempre, me platicó que lo hojeaban y que cuando no quedaban suspensos se desternillaban de risa, con los ojos llorosos terminaban diciendo que lo que ahí se contaba era igualito a lo que le había ocurrido a algún amigo y a no pocos miembros de la familia. Tía, pero ellos no sabían leer, Lo mismo digo.

Marsalis: te tengo dos noticias, papacito: una buena y una mala, ¿cuál quieres primero? Bien, porque tú lo pediste: el doctor Allen dice que lo de Nick es por la edad, que no se está volviendo loco ni nada. Simplemente le dio la crisis de los cincuenta con todas las disfunciones que puedas imaginar, ¿tú le crees? Yo que pensaba que se debía a su pésima alimentación. La mala es que, ay, no, no debería contarte esto, con la tensión subí dos kilos, ¿lo puedes creer? De nada me sirvió hacer la dieta de la luna, el jugo de toronja y llevar una vida monacal. Te lo dije. La báscula es la cruz de la mujer moderna. Son palabras de Nelly, que tiene opinión para todo, me he pasado la tarde con ella charlando de modas, dietas, viajes y cosas propias de mi sexo. Hablé de México como no tienes una idea. Las dejé maravilladas, se entusiasmaron tanto con el Ceboruco que lo más seguro es que lo visiten en su siguiente salida. También estaban sus dos hijas, la que se casó con un negro y la normal, ay, no, qué idea de muchacha. Debo reconocer que como promotora soy la mejor, si esos imbéciles fueran decentes ya me estarían

llamando para mi número de cuenta, algo que jamás sucederá, sería demasiado, para ellos solo soy una gringa curiosa; ay, ni sabes, me contaron un chiste buenísimo sobre cangrejos, pero te lo cuento la próxima, ahora estamos con la mala. Algo que me reconfortó: las Windsor ignoran por completo lo que pasa con mi viejo. Imagínate, si aparte de soportarlo a él tuviera que soportar a los vecinos. Dicen que este invierno será crudo, así que ayer me armé de paciencia y me largué a comprar lo necesario, hallé un vestido negro que no me la voy a acabar, como dice Armando, que tiene cada puntada. Bueno, Marsalis, ¿ya te harté? Te veo después, Ayer estuve en el hospital, fui a regalar unas sábanas, está igual de patético.

Arribó a la Universidad de Michigan en una *pick up* de llantas anchas, rines cromados, color rosa mexicano. Siempre que se acercaba al estadio experimentaba una ligera conmoción. Cielo apacible. Qué decir de cuando pisaba el emparrillado y de sus tremendas ganas de derribar a alguien. El recuerdo estimula. Minutos después se encontraba frente a la doctora Isabel Campuzano, la reputada bioquímica que sonaba para el Premio Nobel por sus descubrimientos de la composición lambda de los fósiles. Le contó que sus padres eran de Sinaloa: *Desde Navolato vengo*, que había nacido en Pasadena y que cuando niña vacacionó varias veces en Altata y Mazatlán, Me encantan el ceviche y los mangos con chile y limón, ¿los ha probado?, No, pero ya se me hizo agua la boca, fíjese que mi cocinero es de por ahí, de Guamúchil, creo, seguro sabe la receta, Si la sabe avísame, es un verdadero manjar, Considérese invitada. El despacho se hallaba lleno de fósiles etiquetados y de pequeños envoltorios que seguramente contenían lo mismo.

Me envió Macedonio Fernández, sonrió levemente, segura de sí misma, ¿Sabe si aún toca el piano a las tres de la mañana?, ¿Usted cree que no?, Ese Macedonio es único. Le expuso con soltura sus pretensiones. Silencio de espátula. Tenía 56 años y era delgada, hermosa, levemente maquillada, ¿Por qué un hombre se compromete en un proyecto tan extraño?, Es como vivir, ¿para qué

vive uno? Todo eso de trabajar diario, comer, conversar, ir a la escuela, si lo piensa bien es difícil de justificar, pues así es esto, la noche anterior había leído 50 páginas de la novela y se hallaba motivado, Qué fuerte es la herencia de nuestros padres, ¿verdad? Qué forma tan luminosa de recordar, de resistirse a perder su cultura, su lenguaje. Aunque no sepa explicarlo, hay momentos en que me siento hermanado con todos los morenos que andan por ahí trabajando o buscando ocupación, Algunos llegan al extremo, ¿recuerda los boinas cafés? Ahí murió mi mejor amigo, sus padres eran zacatecanos, olía a desodorante ambiental, Son muy fuertes las ataduras, ¿es algo de eso lo que lo incita a reunir las piedras de que me cuenta?, Es posible, ¿Tiene algo para analizar? Aunque guardaba un par de piedras pardas que había comprado en San Juan de Dios, en Guadalajara, dijo que no. La doctora Campuzano conservaba su frescura; de ojos achinados y labios de corazón, entibiaba el pensamiento. Era emprendedora y miraba de frente. Le propuso que le llevara el material allí, utilizaría los laboratorios de la universidad y a su equipo: tendrían resultados expeditos.

Por esos días no pasó gran cosa.

Hasta que recibió una llamada.

En Guadalajara se cansó de visitar mercados callejeros y tiendas de antigüedades: solo le mostraron ópalos, piedras pómez y metates de la madre de Francisco I. Madero. Por la noche topó con Los Equipales y entró a quitarse la sed. Amarillento. El cantinero tenía bigote grande y desparramado, manos finas. El olor típico lo atrapó. Le recordó ligeramente a Severiano Jiménez; le buscó el cuello, pero traía paliacate, Órale. Pidió cerveza. Le extrañó que no hubiera rockola ni televisor, ¿Qué clase de bar es este? Invitó un trago a un indigente que minutos antes se había quedado viudo: eso dijo. Dos hombres y dos mujeres se instalaron con un individuo canoso que leía en una mesa apartada. Les sirvieron, bebieron y la luz se hizo más tenue. Alzaron la voz. Sobre una silla descansaban dos bolsos y un portafolios negro, Pedro Páramo era hombre, no pedazo, refutó uno que vestía de cuero, golpeando tan fuerte la mesa que las botellas rodaron al piso; sin ocultar su irritación ordenó al mesero que sirviera otra ronda, No permitiré que se hable así de él en mi

presencia y mucho menos en mi ausencia, fue suficiente para que Pureco hiciera caso omiso de la algarabía del local para dedicarse a observar al sujeto que también lucía un estupendo sombrero de cuero café sobre un rostro extrañamente luminoso.

Un parroquiano cantaba *Mujeres divinas*.

Una hora después, el hombre de las canas vino a su mesa a agradecerle sus envíos y a preguntarle a santo de qué los hacía, Siéntese un minuto, le apodaban el Indio, Si no es mucha molestia.

No somos club ni nada, simplemente nos reunimos los viernes a conversar, explicó, Soy apicultor, el señor es dueño de una cantera, tiene un taller de estatuaria popular: hacen santos y adornos de jardinería, las chicas son maestras y mi compa es poeta, ¿De los que en el aire las compone?, Yo hice mía a su hermana sin bajarle los..., sonrieron, Entonces ustedes saben de Pedro Páramo, Cómo no, es la más viva tentación humana de poder absoluto, nosotros lo conocemos como las palmas de nuestras manos, Eso del rencor, También eso somos, un compendio de rencores, amarguras, omisiones, creencias, misterios, vicios, ¿Existió?, No solo existió: existe, hace tres noches lo encontré en San Gabriel buscando a una dama, no sería correcto decir su nombre, ¿usted no es de aquí, verdad?, Soy de Chicago, pero mis padres eran de Zacapu, Michoacán, Es bueno sonreír por la noche, ¿por qué no nos acompaña?

Pureco aspiró el tibio olor a tierra mojada y siguió al canoso. Aunque todos estaban sombríamente sentados, escuchó alboroto de gente que corría, que gritaba: Está temblando, volteó a la puerta y todo era silencio.

El parroquiano cantor seguía con *La Valentina*.

Ante la carretera angosta y maltrecha: «Tonaya 72». Nicolás Pureco recordó que la idea de encontrar los vestigios de Pedro Páramo se fue incubando en su mente como una falsa certeza, ¿Y la velocidad de la oscuridad? Desde luego, cuando se la comunicó a Lily en el Ceboruco tenía años meditándola. Una estatua que se resquebraja, al grado de pensar que si no lo realizaba terminaría loco u

oldmancito, espantándose las moscas con un abanico de palma en la sala de su casa. «Curva peligrosa a 200 m». No es que lo mexicano le interesara, el asunto de la comida era un negocio y como tal funcionaba, que su pozole y su menudo no se parecieran en nada al de Jalisco o Campeche lo tenía sin cuidado, igual generaba nostalgia, que era lo que la gente buscaba. El que tenía verdadera pasión y vivía de pleito con él era Armando, el cocinero. Capaz de todo, elaboraba con maestría gorditas, barbacoa, machaca, pescado zarandeado y hasta las recetas de su abuela.

Pensé mucho en lo que me contó mi tía Carmelita sobre mis padres: Pa' mí que se estaban volviendo locos, dijo, sus últimos años comentaban ese libro como si fuera su propia vida, un libro que ni siquiera tenía pastas y como tú bien sabes ninguno de los dos fue a la escuela, ¿de dónde sacaban que sabían leer? Par de zonzos. A veces pienso que Ave María Purísima era cosa del demonio, porque no iban a misa, me contaban por hacerme desatinar de un pueblo donde vivían puros muertos, gente que aunque enterrada seguía platicando, ¿tú crees, m'ijo? Ojalá Dios Nuestro Señor y la Virgen de Guadalupe los hayan perdonado y los tengan en su santa gloria. Una cosa es oír la muerte y otra andar con que los muertos siguen viviendo. Una mañana salieron con la patraña de que eran hermanos y de que eran los seres más felices del mundo porque a pesar de haber ido a buscar el becerro él no la había abandonado en brazos del desconocido, ¿cuál becerro, cuál desconocido, si nunca tuvieron vacas? Como te puedes dar cuenta no eran gente cuerda tus padres; por eso digo: qué bueno que Dios se acordó de ellos y se los llevó antes de que anduvieran por ahí haciendo desfiguros, Dios guarde l' hora.

«Radar en operación». Manejaba por una carretera vecinal, Es un extraño sentimiento que me fuerza, no a comprender lo que pasa, sino a ponerme en marcha, aunque no lo tenga claro.

No quiso comentarlo con Lily, simplemente leyó la novela siete veces, ¿Y ese interés por ese libro, Nick?, y aumentó su confusión. Su mujer, curiosa, la conoció también. Ninguno de los dos sacó nada en claro, ¿De dónde es Rulfo?, Ni idea. Ella había trabajado muchos años como enfermera y jamás cultivó el gusto por leer. La mayoría

de sus pacientes eran cuerpos despedazados y sangrientos que llegaban para sus últimos minutos. Una noche de borrasca abrió un libro de Bukowski que cerró de inmediato porque le pareció repugnante. Pertenecía a un borracho traído del hipódromo que murió al llegar. Hasta que apareció Nicolás Pureco, el gran jefe indio, y la salvó del horror cotidiano. Él no era afecto a nada que tuviera que ver con libros, y en cuanto a lo mexicano estaba todo lo familiarizado que puede estar un chicano exitoso que viaja de vez en cuando a la tierra de sus padres y quien, después de muerta la madre, nada sabe de la verdadera comida mexicana, que no es la porquería que insiste en vender en sus restaurantes fraudulentos, según reclamo de su cocinero en jefe.

¿Qué les había llamado la atención a sus padres del libro?, ¿cómo habían conocido las historias que teje y desteje y que encontraban tan parecidas a las propias?, ¿por qué aseguraban que ese hombre sí sabía contar?

«Zona de tolvaneras».

No quería morir sin saberlo.

Se sirvió, Lily regresaría por la noche, El tequila se disfruta de adentro hacia afuera, ¿o no, Gonzalo? Su casa era de esas en que el confort acaricia. Esa tarde, al salir de la oficina, un desconocido le entregó un recado, Me dijeron que no esperara respuesta, señor. «Da gusto conocer hombres porfiados como usted. *SJ*». Lo primero que pensó fue esto: sacerdote jesuita, pero no, su memoria aún tenía registros importantes y recordaba perfectamente la llamada de Severiano Jiménez. Si sabía de las piedras, ¿quiénes eran él y los que representaba?, ¿qué los había puesto a la defensiva?, ¿por qué lo amenazaron?, no supo sacar conclusiones. Caminó al estacionamiento. Pensó volver al restaurante japonés, pero algo le decía que no lo encontraría, empezaba a comprender que a veces la realidad también es imaginaria, Jiménez: ¿dónde lo ahorcaron?, ¿por qué? No era maquillaje, se le notaba muy claro, solo alguien que conoce la muerte puede hablar con esa soberbia, con esa desfachatez. Qué peligroso. ¿Sería familiar de Pedro Páramo, algún

hijo regado por ahí? Igual le ganó la rabia: ¿Se quiere burlar de mí, pensará que estoy esperando sus órdenes, que me arrugo a la primera? No me conoce el cabrón, lo vuelvo a ahorcar si se ofrece, si él es terco yo soy más y si cree que esto se resuelve a chingadazos que me busque, a mí tres peloteros de Guaymas y uno de Culiacán, como dice Armando, bebió de la botella, se asustó, ¿Qué estoy diciendo?, ¿por qué me comporto así? Jiménez está muerto y enterrado en algún lugar, ¿acaso se salvó?, ¿es posible salvarse de la horca? ¡Virgen de Guadalupe!, ¿qué es este embrollo?, ¿fue muerto o vivo el que nos atendió en el Kioto? Muy sencillo: no trabajan los vivos, menos los muertos. ¿Entonces? Voy a leer la novela de nuevo, tal vez allí esté la clave. Es tiempo también de buscar en Jalisco, me importa madre que no sea de allí.

Terminó borracho.

¿Qué fecha es hoy, Marsalis? Ya no sé ni los días que vivo. Han sucedido tantas cosas que ya no puedo más. Primero te ofrezco disculpas por tenerte tan abandonado, espero que no hayas criado telarañas, pero es que, no tienes idea de las veces que intenté acercarme sin éxito, no lo podía creer, bien dicen que los años no pasan en balde y de verdad, no hay actividad que no requiera su ánimo específico. También es tu lugar, al principio yo podía escribirte mis inquietudes y contarte mis indecencias, ¿te acuerdas? Gracias a Dios te convertiste en alguien con quien puedo conversar, ¿apoco no la pasamos bien? Pues te cuento: no solo fuimos a México la vez que te dije, hemos ido muchas veces y de diversas maneras y creo que vamos a seguir yendo, ¿cómo la ves? Es asombroso, un hombre que apenas se había interesado por la tierra de sus padres ahora no quiere salir de allá. Ya no recuerda sus negocios ni sus aficiones, todo lo ha dejado en manos de su oficina y de Armando; se la pasan peleando, pero le tiene confianza y no está mal, Armando es un hombre honesto, con un sólido sentido de solidaridad y a mí me conviene. ¿Te acuerdas que quería abrir dos locales más? Pues nada, se fue metiendo en el asunto de Pedro Páramo y ahora está hasta el tope, más enredado que... Un personaje se ha vuelto imprescindible

en nuestras vidas: la doctora Isabel Campuzano, lo que faltaba: una científica; cuenta que sus padres son de Sinaloa, pero Armando dice que no, que no tiene un pelo de allá; los vieras discutiendo; ese juego de identidades regionales es atroz entre los mexicanos, y ellos parecen disfrutarlo tanto, son capaces de matarse por un asunto baladí como si fulano cerro se halla a la izquierda o a la derecha de la carretera. Dentro de esta locura mi casa ya no es la misma; cedí en el interior por no tener problemas con Nick y de nada sirvió, el jardín es una locura, nada está en su sitio y se parece más a un basurero; no hay un rosal en pie, el césped está quemado y los arriates prácticamente desaparecieron, Nick ha cerrado las ventanas, entra poca luz, quiere poner techo de teja, una fuente mexicana y portales al frente, ¿lo puedes creer? He conocido gente muy especial, pero lo de Nick no deja de darme escalofrío, se ha vuelto tan raro, ¿te acuerdas lo que te comenté del sexo? Pues ni fu ni fa. Antes le preocupaba, cada que podía preguntaba de qué iba la cosa, cuándo perdería su poder; aunque siempre lo atajaba diciéndole que no importaba, que nunca dejaría de ser un hombre interesante y que cuidara su alimentación, no dejaba de investigar, y en lo que vino a parar, ¿no?

Bueno Marsalis, voy al yoga, estoy aprendiendo unos ejercicios vaginales que me convertirán en... ay, Dios, ya estoy otra vez contándote esas cosas.

Eligió la habitación de los huéspedes para formar el cuerpo de Pedro Páramo. Las piedras fueron llegando una a una, chicas y grandes, pardas y rojizas, secas y reseca. Con una brocha muy fina las limpiaba y les buscaba acomodo con las otras. Algunas encajaban, otras presentaban aristas incomprensibles, sin embargo no perdía la fe. Por consejo de Campuzano mantenía el espacio a oscuras o con una luz muy baja por si requería entrar. Había bloqueado la ventana. Pronto el lugar se llenó de sombras que parecían vestir la pequeña cordillera. Observaba estupefacto cómo iban y venían, no parecían reparar en él, surgían de cualquier sitio, a cualquier hora, se recostaban sobre el tendido, intentaban ajustes, posturas y nada, al

ver que no se acoplaban salían tan desalentadas y desdeñosas que con el tiempo esta sutilidad se convirtió en el principal elemento para determinar el avance y conjeturar sobre el faltante.

Observaba: quería sorprender a Severiano Jiménez intentado posturas. Pero nada. Muchas veces oyó que todos eran Pedro Páramo, pero no era verdad, cuando menos no las sombras que lo visitaban.

Una noche fría Lily le hizo saber que admitía el cambio, La casa es distinta, hay algo que no alcanzo a detectar: un aroma, una reverberación, un color, ¿has notado algo, Nick?, Debe ser la nevada, Ya no somos los mismos, ¿no te has dado cuenta? No solo hemos envejecido, nos comportamos diferente, Pureco iba a decir son los tiempos, pero mejor replicó: ¿Crees que voy a estar pensando en eso?, Te has hecho irascible, intolerante, no se te puede tocar ni con el pétalo de una rosa, deberías ver de nuevo al doctor Allen, siempre ha comprendido tus flaquezas y malestares, Estoy harto de píldoras, se limó las uñas recién cortadas, Anoche escuché risas sosegadas, un relincho lastimero y el ruido de un pesado fardo que se desplomaba, ¿crees que tenga que ver con la novela?, Yo qué sé, se hallaban en la sala semioscura, ¿Y con las piedras?, ¿Tú crees?, Desde que trajimos la primera algo pasó, ahora con tantas, ¿no crees que es suficiente?, Aún no forma cuerpo, ¿no lo ves?, Nick, cálmate, soy tu mujer, debía viajar a Calgary por un asunto testamentario, Estás peor que nunca, has desarrollado un maldito carácter que no me acabo de explicar, ¿te sientes mal?, ¿Por qué me voy a sentir mal? No hago daño a nadie, Acompáñame, a mi padre le encantará verte. Prefería quedarse, los hilos de su alma papaloteaban y para conversar le faltaban recuerdos.

Esa noche el frío se apoderó del mundo. Su casa estaba tibia, a las sombras no parecía importarles el clima: llegaban, hacían su ritual y desaparecían de mala gana. Pensaba que cuando menos una, por la razón que fuera, lo debía mirar, hacerle algún gesto, saludarlo, pero nada. El día que eso sucediera todo habría terminado.

Dos días después su mujer hizo el viaje. Aún pudo llevarla al aeropuerto. De regreso llamó a su secretaria por el celular, ¿Cómo

vamos?, Bien, señor Pureco, todo en orden; está aquí el señor Jiménez, dice que usted lo citó. Dejó caer el celular: ardía: rápidamente se convirtió en una masa excrementosa, ¿Qué no quedó en el puente convertido en miseria apuñalado por Tiburcio Ávalos?; Si está allí, ¿qué ocurrió entonces, qué quiere ahora? Recordó las palabras de Tiburcio como si hablara en ese instante: Estás muerto, cabrón, muerto y hecho boñiga. Se instaló en esa idea. A punto de olvidar su dirección arribó a su casa. El señor Ferguson salía apresurado y apenas lo saludó.

Al abrir la puerta quedó paralizado.

Transpiraba. Frente a la escuela primaria vacía aguardaba nervioso. Una rana saltó hasta perderse entre las capitanas, esa hierba que es una plaga y que se encuentra en todas partes, Estoy esperando al profesor Villalpando, me han dicho que en San Gabriel es el que más conoce de Pedro Páramo, tanto como se debe conocer a un enemigo verdadero. Busqué al cura, pero no lo recuerda, dice que debe haber vivido antes de que él llegara. ¿Cuánto hace que llegó?, Va para ochenta años, el viento empujaba barañas hechas pelotas, ¿Ya vio a María Rodríguez? Es más vieja que Matusalén, cuando está de buenas identifica a las sombras que regresan a sus lugares y a sus quehaceres, tanta indisciplina debe tener hartos a los cuidamuertos, al cura unas le piden indulgencias y otras se las devuelven aclarándole que sirvieron para maldita la cosa, ¿Reconoce las sombras, dice?, Ni más ni menos, aunque siempre se niega a decir sus nombres. Le he pagado oro para que me diga si ve a la mujer que me arrebató el corazón, mi palomita blanca: lo único que me dice es que no esté enfadando, ¿ya vio al comisario?, Salió a Guadalajara, su hija se anda casando y fueron a comprar el ajuar, él aprovechó para ir a firmar su nombramiento en las oficinas de gobierno, ¿sabrá algo?, No lo aseguraría, es muy joven, debe andar por los sesenta. En ese momento recordó y olvidó el nombre de la novia que tuvo antes de casarse con Lily, Espero que no me agarre la lluvia, con este sol debería pensar lo contrario, pero ya me ocurrió una vez, estaba muy quitado de la pena esperando a mi esposa que

no dejaba de asombrarse con las casas de terrado, a salvo de la resolana, cuando en un parpadear se nubló, tronó y cayó el chubasco más intenso de que se tenga memoria. Tardamos siete días en salir, vimos cómo varios techos se derrumbaban aplastando gallinas, perros y gente. En algunas paredes fijamos cruces de palma bendita, hicimos otras de ceniza en el piso y nada. La pobre casi pesca una pulmonía. Mi cocinero, el hombre más parlanchín que conozco, no me creyó, es un muchacho de Sonora que jamás ha probado el bacanora, ¿ha visto usted al maestro Villalpando?, Está en el panteón, su mujer enloqueció y no quiere parar de lavar tumbas, era muy aseada, pero el hombre no sale de su angustia, teme que lo abandone, todo porque ella no para de decir que se la van a llevar al otro lado a trabajar, que va a cocinar, lavar, planchar y matar piojos en una distinguida familia, que al fin podrá vivir tranquila, lejos de las lenguas viperinas. Era una belleza esa mujer, varios caracoleaban sus caballos en su puerta, pero ella quería prosperar y se casó con ese profesorcillo, un pelafustán, fumador empedernido, a quien le gustaba meterse donde no lo llamaban; hace un mes le llevó serenata, le tocaron sus canciones preferidas y ni así lo reconoció; no creo que venga a ninguna hora, además la escuela está cerrada, son vacaciones y ya se está nublando, Entonces lo buscaré en su casa, me dijeron que vivía al final de la calle, antes del puente, Imposible, este pueblo desapareció, lo único que queda es el polvo y ese lamento eterno que debe provenir de las norias, ¿Muchos ahogados?, Son los recuerdos que tampoco descansan, los recuerdos perdidos, ¿Usted conoció a Pedro Páramo?, Yo soy Pedro Páramo.

Atardecía, detuvo el carro frente a su casa y descendió. Vestía ligero, una chamarra de cuero negra, *jeans*. Fachada crema, con un ventanal de cristal al frente, un jardín de flores de temporada y un césped bien recortado. Estómago abultado. Un barandal blanco, de madera, marcaba los límites. Desde la calle se veía elegante, acogedora. Por un extremo se entraba a la cochera eléctrica. El señor Ferguson lo interrumpió, Hola, señor Pureco, ¿sabe qué pasó

con mi perro? Usted se ha de acordar, era un cachorro excelente, tranquilo, juguetón, pues se ha vuelto un neurótico incontrolable, el veterinario opina que es falta de calcio, ahora mismo está hospitalizado, voy a ver si me lo puedo traer, no soporto estar solo, Huesos, señor Ferguson, no niegue ese placer a su mascota, ¿Usted cree?, Les encantan, si no juegan con ellos se los comen o imaginan que se los comen, ¿ha pensado su vida sin sus papas fritas?, Entiendo, bueno, voy por él, Qué le vaya bien, intentó recordar su nombre de pila pero no lo logró. Vivía en un barrio residencial, en una calle donde los árboles se deshojaban en otoño y alfombraban de amarillo el asfalto. Se talló los ojos para remover la imagen de la casa que lo asediaba. Es increíble cómo cambian las cosas, lo peligrosa que es la imaginación. Estaba muy lejos de ser la casa de siempre: ante él se alzaba una edificación de dos aguas, techado de tejas verdosas, bugambilias, enredaderas en las paredes ocres, una amapa, un tabachín. Ventanas pequeñas con vidrios verdes y rojos y una fuente en el jardín. La vereda de entrada era empedrada. Mariposas amarillas sobrevolaban el portal. Por un momento quedó inmóvil, preocupado, ¿se había equivocado de domicilio? Pero ¿y el señor Ferguson?, ¿habrá en este lugar otro hombre tan sonrosado, amable y amante de los perros como él?, ¿qué ocurría? Lily lo contempló desde la puerta, ¿Se puede saber qué haces allí? Mejor metió el carro.

«Tucson, centro»: En un viaje a México por tierra se detuvieron en un café. Sacó el ajado ejemplar de *Pedro Páramo* y leyó donde cayó: «Damiana Cisneros rezaba...», no pudo continuar, sintió estopa en la garganta, vidrio en los cojones, una nueva sensación lo invadía, Como cosa de brujería, sí señor. La idea de encontrar las piedras del cuerpo de Pedro Páramo lo fue reduciendo a creer que era lo mejor que había pensado en su vida; un hombre debía seguir sus impulsos, luchar por sus creencias, ejercer su vocación de ser alguien, ¿para qué? Para sentirse completo por dentro ya que por fuera estaba monstruoso. Algo de eso pensó en el Ceboruco durante el viaje anterior. Se vio entre cardones y animales famélicos.

Fumaba. Avanzaba descalzo por un camino pedregoso que se perdía entre los cerros bajando y subiendo. No se oía nada, tampoco podía pensar en nada. Era el silencio verdadero. Así, abrasador, hijo de puta. Le dolían los pies: idea de Dios y de sí mismo. Después de tres días encontró un viejo letrero derribado: «Tuxca». ¿Tomó su cápsula para los nervios? Lily se la había dado en la carretera. Deben estar en Jalisco, por ahí, y no deben ser demasiadas, las recogería, ¿dónde?, Lo sabré, debe haber pretilles, hornillas, escondrijos. Cerró el libro. Una mesera les llevó el menú. Por la ventana se veía una gasolinera. Shell. Lily regresó agitada del baño porque se había desatado un incendio. Del fuego se huye más rápido que de cualquier cosa. Aunque los empleados atacaron veloces las llamas con extinguidores, en unos cuantos minutos el local se redujo a una bola de plástico derretido. Olía horrible. Mientras seguía a las lenguas de fuego se convenció. ¿Cómo saber si eran las piedras precisas? Macedonio Fernández se lo diría, además de tocar el piano de manera infame, era profesor universitario y sabía de todo. Ese maldito aventurero. Aunque Lily lo manejó como un mal augurio, continuaron. Reparó en los cerros devastados, en su color interminable. Sabía que vivía gente en ellos, cuando se volcaba un tráiler cargado con alimentos salían de sus madrigueras y arrasaban con lo que fuera en unos cuantos minutos, ¿cómo elige la gente su casa?, ¿qué piensa alguien que vive entre piedras, lagartijas y víboras? A pesar del paisaje no quiso imaginar otro planeta. Su mujer dormía en el asiento del copiloto con los pies en el tablero, se detuvo en su cuerpo inmóvil, en sus pies, ¿y si estaba muerta? Frenó con brusquedad, Lily despertó, ¡Cuidado!, El libro, dejamos el libro en el restaurante, debe haberse quemado, Ah, eso, lo sacó de su bolso y se lo entregó, le faltaba la primera hoja.

A la puesta del sol se suspendían los trabajos, las plantas y los rincones recuperaban su misterio y la familia cenaba. Mi Chila se encontraba de visita. Le habían servido cuajada, machaca y frijoles, No me voy a comer la cuajada, explicó a su nuera, me dan gases, mejor dame un pedazo de panocha para acompañar los frijoles. En

ese momento entró Chabelito, lucía un agujero en el corazón del que manaba un hilito de sangre y otros menos significativos, mi Chila se llevó la mano a la boca para no gritar. Juan movió la cabeza fastidiado y las niñas se miraron entre sí sonriendo, llevaba en su mano un taco de frijoles con panocha a medio comer, lleno de tierra, y quería que se lo cambiaran. Juan le llamó la atención, Ve nomás cómo te han dejado, ¿por qué no me hiciste caso?, ¿crees que tengo ganas de andar de vengativo? Los tiempos no están para eso, muy claro te pedí que no te juntaras con esos indinos, que ese terreno tenía camuco, eso falta, que la quieran agarrar con nosotros. Chabelito miró a su abuela solicitando apoyo, no entendía lo que oía, Déjalo, m'ijo, sea por Dios, ahora lo importante es que no se vaya con hambre el pobre, Juan todavía agregó: Te pedí muy claramente que no fueras a la Y griega, ese lugar del que lo único que se puede decir es que ahí muere mucha gente, está hechizado, luego bebió café, sabía que en seis horas vendrían con el cuerpo y habría que velarlo y vivir lentamente por unos días, Chepina, me das la panocha por favor, Chabelito esperaba junto a su abuela que tomó el taco sucio y lo colocó a un lado de su plato, ¿No oye usted, Chepina?, Juan era exigente y lo había alterado la muerte del sobrino: Fue con un salón y una escopeta, concluyó, Esos desgraciados, Tráigale la panocha a mi madre para que cene a gusto; se oyó leve, pero se oyó: Vieja enfadada. Mi Chila recibió el dulce sin comentarios, dio su taco a Chabelito que se marchó sin más y se comió el resto. Suspiró y dejó que las moscas se cebaran en el medio taco de su nieto. Cuando se levantaban Juan ordenó a su esposa: Chepina, alístese y aliste a las niñas, mañana temprano voy a llevarla a ver a sus padres, ya ve que hace tiempo que me lo está pidiendo. Chepina se alegró, tenía tantas ganas de platicar con su madre, ver a sus hermanas, abrazar a su padre. Mi Chila, ya en el portal de las bugambilias, instalada en su poltrona favorita, con su macuche encendido, pidió a su hijo que pensara lo del viaje a casa de sus suegros, Hay cosas que son, madre, no necesitan pensarse.

Vio la sombra de Lily en el pasillo y se asustó, se lanzó sobre el teléfono, pero no supo a quién llamar, la siguió para ver si cabía en el cuerpo empedrado, ¿Qué quería el maldito Severiano Jiménez?, ¿no le dio lo suyo Tiburcio Ávalos? Él mismo lo había visto derrumbarse, No son muchas las piedras que me faltan, quisiera saber por qué se mueven, por qué nunca amanecen como las dejo. Recordó las píldoras para los nervios, pero las olvidó al instante. La sombra flotaba suavemente, siguió por las mullidas alfombras, lámparas apagadas, bodegones infames; por las persianas se colaba una claridad lechosa. Una música suave: *La paloma* invadió el espacio. La sombra se perdió, pero él sabía dónde se había metido. Temblaba. Alcanzó la habitación y nada, todo como lo había dejado, ¿se probó tan rápido? Lo inquietó una huella de luz en la ventana clausurada, el olor le pareció más intenso, A ella le fastidian, quiere que las tire, farfulló. El perro del señor Ferguson hubiera aullado, ¿Cuál es la velocidad de la oscuridad?, Eres como las mulas, Pureco, ¿sacas a tu padre o a tu madre?, A mi tía, que no entendía cómo era la muerte de por acá.

De la habitación del fondo surgió un lamento suave, casi amoroso. Sobresalía *Sobre las olas*.

¿Por qué vivo aquí?, ¿no sería mejor vivir en un cerro pedregoso? Se debe vivir bien entre las alimañas. Regresó a la puerta que se hallaba entreabierta, pero eligió no entrar. Escuchó murmullos incomprensibles. Rumbo a la cocina encontró una sombra apresurada que no era la de Lily, preparó café de olla y se sirvió medio jarro, dejó un manchadero sobre la barra. En el barcito lo llenó con tequila.

Esperaba, oía, bebía. ¿Por qué se había casado con Lily? No lo recordaba, ni dónde la había conocido, ni qué le había llamado la atención, ni por qué andaba de viaje, una luz difusa escapaba de la habitación. *Estrellita de lejano cielo*. Algo sabía de esa canción tan pegajosa.

Acercó la botella de tequila y bebió, Un hombre es lo que recuerda, musitó, Y yo no recuerdo nada, lo que significa que estoy jodido, oyó fuerte la voz de José Alfredo cantando: *la vida no vale nada, no vale nada la vida...*, ¿dónde lo había escuchado antes? Su

cerebro era una telaraña sin araña que no terminaba de ligar, una cebra sin colores. El alcohol entraba y lo arrebatava todo y él quedaba atrapado bajo un cristal entre cruces de ceniza y de palma bendita, mientras el viento silbaba. Entonces sonó el teléfono.

Era Lily Pureco desde Calgary.

¿Cómo está el esposo más lindo?

Lo buscó con la mirada. Dormitaba bajo un laurel de la India cerca del busto de Benito Juárez. Lo saludó de mano, Don Tiburcio, ¿cómo está?, Si nos matan que nos maten, así decíamos y no nos faltaba razón, porque por cada niño que se salvaba morían como quinientos. Era una mortandad, yo perdí dieciséis hermanos y dieciséis hermanas, ¿trae algo en esa bolsa, verdad? Extrajo una botella de *whisky* y se la pasó. Tiburcio Ávalos la probó y escupió asqueado, ¿Qué porquería es esta, señor?, sonrió taimado y sacó una de aguardiente de su costado, Cada oveja con su pareja, mi amigo, bebieron, Este es un pueblo hermoso: vea las casas, el jardín, la iglesia con esa torre que se ve desde Tonaya, el empedrado de las calles es nuevo. Si los de Tuxcacuesco no vivieran enterrados también la verían, pero vaya usted a saber lo que piensa esa gente en esa hondonada tan calurosa. La construyó el viejo Vizcaíno, la pagó con su dinero, era un hombre muy rico y muy devoto, y qué decir de su mujer: una señora que iba de su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa; también quiso hacer un puente, pero no lo alcanzó a terminar, era yo un chamaco cuando se lo llevó el arroyo, luego hicieron el angosto, el que está abajo, era para bestias y carretas, hasta que llegó el Gobierno y construyó el grande, sí lo ha visto, ¿verdad?, mostró sus dientes disparejos, ¿Conoce el Ceboruco, don Tiburcio?, se habían sentado en la banca donada por el presbítero Antonio Flores, Tan viejo ya no salgo de Apulco, hace diez años fui a San Gabriel y no aguantaba las coyunturas, fumó, ¿Eso está lejos?, No mucho, es un volcán que hizo erupción hace poco, hay lava por todas partes, Pero si aquí tenemos un par, mírelos nomás, están como si nada, los hermanos: el volcán de fuego y el volcán de agua; ¿oiga y la güerita?, Se quedó en Guadalajara, ¿Es su mujer o su

hermana?, Es mi mujer, Usted se parece a un hermano mío, tiene la misma cara, uno de los que murió cuando tenía tres años, Mi padre era de Zacapu, Michoacán, las flores se hallaban secas, ¿Dónde queda eso?, encendió un nuevo cigarrillo con el que se estaba terminando, Por aquel rumbo, ¿se acuerda que yo quería saber dónde había caído Pedro Páramo?, Pedro Páramo, ¿no es un señor de Tolimán? Pureco guardó silencio, No lo conozco, ya le dije que salgo poco y no siempre platico con la gente que llega, aunque en Tuxcacuesco vivía un señor don Pedro, ¿no será ese?, Pues ya no, ¿me entiende? Ya no me interesa encontrar los restos de ese hombre, De lo primero que uno se cansa es de buscar, yo andaba buscando semillas de enredadera para poner frente a la iglesia, fui con los Pérez, los Preciado, los Reyes; a los tres días, como si nunca lo hubiera pensado, Quería darle las gracias por su ayuda, ¿Y ya no va a buscar?, bebieron de nuevo, Pureco empezó a gimotear y la campana a llamar a duelo, Ah, ya no puedo don Tiburcio, he olvidado la mitad de mi vida, la mitad de las cosas que viví; es atroz, estoy a punto de ser otro, no sé, tal vez ser el que siempre fui. El viento sopló, en lugar del anciano estaba el fraile, se veía más viejo, desencajado, las agujetas de sus botas sin atar, bebió el resto, No sea tarugo, expresó con voz pausada. Luego alcanzó la puerta del convento por donde se perdió.

Hoy no quise salir, de pronto me sentí agobiada, débil, como cuando menstruaba, ¿te acuerdas Marsalis? Hasta me limpié ahí, pero estaba seca, pues claro, hace años que, otra vez contándote cosas, ya, luego fui al espejo y mejor no lo hubiera hecho: mi pelo está opaco y sin forma, mi crema hidratante no funciona y traigo unas ojeras... como si no hubiera dormido en un mes; lo bueno es que una se puede quejar, derramar sus lágrimas de cocodrilo y luego fingir que todo está bien, como que vivimos en la época de las fingidas, ¿no te parece? En lugar de jugar vencidas jugamos fingidas. Hoy vi algo en internet que me animó, un artículo sobre el futuro de la mujer y sí, el futuro es de las que se alimentan correctamente y hacen ejercicio: gimnasia, caminata, aeróbics: el

paraíso. No sé por qué, pero recordé mi época de enfermera, con aquel trabajo tan brutal y descarnado, toda esa gente que llegaba a morir; después de manejar sangre y purulencias durante 24 horas lo único que te calmaba, además de un buen ácido, era un buen macho, impetuoso e incansable, como Nick precisamente, un hombre que medía el tiempo por orgasmos, un verdadero atleta en la cama, y míralo ahora, pobre vejete, ya no recuerda ni cómo se llama. La semana pasada lo llevé a fuerzas con el doctor Allen, lo sorprendente fue que estaba bien, todas sus reacciones eran correctas y en los análisis salió más sano que yo, ni triglicéridos ni colesterol y con la próstata de un treintañero. Lo único que hizo el doctor fue cambiarle medicamento, pero de marca, ya lo chequé y contiene exactamente lo mismo. ¿A dónde crees que nos lleve todo esto?, ¿crees que eso de buscar piedras es algo chic? Estoy triste, Marsalis, apachurrada, por eso no quise salir, no quiero refugiarme en nadie; voy a la cocina, ese aderezo de albahaca me tiene que quedar antes de ir al yoga.

El hombre vestía un descolorido traje de cuero. La chamarra lucía un águila devorando una serpiente en la espalda. Alto, correoso, imponente. Sombrero de charro del mismo tono y con huellas similares, Este pueblo es una ruina, expresó, Las yerbas no retoñan y el viento le saca la vuelta, fumó y expulsó un humo grueso, lloviznaba, Aquí la gente no se fue ni se murió: la maté. Soy un asesino múltiple, como les dicen ahora. Desenfundó. Gesto duro, Esta pistola sirvió para eso y para más, porque también acabé con caballos, burros, perros y una que otra vaca motilona, que son más feas que ofender a Dios, guardó el arma, ¿Gusta? Le pasó una botella de mezcal y alisó sus largos y manchados bigotes, En Zapotlán decían que vendrían por mí, pero jamás se animaron, igual en Texcalame y Sayula; el miedo no anda en burro, decía mi padre que en paz descansa. Se mostraba animoso, conversador, agradable, Ahí donde me ve tengo mi límite, cuando solo quedaba uno no lo quería matar: no podía, ¿por qué dejar a un pueblo sin hombres? Aunque sea que quede uno. Se me atravesaba, me ofendía, me

llamaba cobarde, mandilón, cornudo y yo me hacía el desentendido, el que no oía. Alguien, tal vez Dios, me decía que no lo matara, Apacíguate, Melitón, apacíguate; pero uno es tonto, señor, de veras, uno no es más bruto porque ya no se puede. Terminé por complacer al indino, como cosa mecánica; lo vi caer, me acerqué para rematarlo y ahí mismo me entró la muina: tenía la sonrisa más placentera que jamás había visto en mi vida. En ese momento empecé a ser desgraciado, ni ganas tuve de matar su caballo que relinchaba ansioso. El mentecato también pedía morir. Al principio no lo quería creer. Vagué por rincones inimaginables, dormí donde me agarró la noche, me tomé todo el mezcal, me fumé los cigarros, me comí su comida, pero había perdido la razón de vivir. Cuando vinieron de Usmajac para que fuera a matarlos a todos ni siquiera los quise recibir. No sé cuántos años han pasado, lo único que sé es que han sido los suficientes para que aquí todo se derrumbara: las casas, el kiosco, hasta la iglesia, ¿ha visto los vestigios? Todo invadido por la capitana; sin embargo, hoy es mi día de suerte, lo sentí desde que amaneció, y es que usted estaba por llegar, sacó su pistola de nuevo, de su funda escurrió un polvo fino de piel quemada, Bien que sabe que no lo voy a matar, ¿verdad? Por eso no se asusta, y así es, ya se lo he dicho, maté al último, acabó mi vida de matarife, y no es que quiera yo ser un hombre bueno, qué va, a otro perro con ese hueso, uno no cambia señor, lo que es, es, y se acabó; así que, tome, le toca a usted, por lo que más quiera: máteme.

Solo quiero oler esta naranja mientras la pelo.

En realidad, no soy apicultor, dijo el canoso cuando entraron en confianza, Soy ganadero, a Pureco le daba igual, bebieron, tenía doce horas en la ciudad sin intuir el siguiente paso, había abandonado Chicago después de que su mujer salió a Calgary, Como Pedro Páramo, que no alcanzaba a ver los límites de su propiedad, callaron, Si no hubiera sido por esa mujer Pedro Páramo aún estaría vivo; le rogó como no tiene usted una idea, ah, mujer más rejega la

condenada, qué se le podía ocurrir que don Pedro no se lo cumpliera, el cantor dormía sobre la mesa, Uno no puede enamorarse así, no es sano, ¿usted se ha enamorado alguna vez?, No me acuerdo, Qué cosa más complicada eso del amor, el poeta que nos acompaña en la mesa casi se muere el año pasado, se encaprichó con una alteña que jamás le correspondió y por poco se nos va. Cuando ella se casó con el maestro que mandaron de aquí, él mejor se largó, iba pa'l norte, pero de aquí no ha pasado, véalo, todavía no se la saca de la cabeza, es la culpable de que sea tan mal poeta, oiga, ¿por qué no se viene con nosotros? Es muy malo tomar solo; mi compa, el del sombrero, me acaba de hacer una seña de que nos acerquemos, Antes de ir con ellos, dígame por qué aquí la cerveza es tan ligera, Debe estar pasada, pero no se fije, el grado de alcohol es el mismo. Vamos, una de esas mujeres tuvo un hijo de Pedro Páramo y a la otra la echó porque no salía embarazada, algo nos podrán contar.

¿Que usted tuvo un hijo de Pedro Páramo?, ¿Cómo se atreve, insensato? Agradezco a Dios nuestro señor y a la Purísima Concepción haberme rescatado de las garras de ese pelafustán, y si lo quiere saber, no logró salirse con la suya, estoy intacta, ¿De veras?, Así es, la apoyó la otra, No hemos conocido hombre ni lo conoceremos. Enseguida, entre sonrisas pícaras, fueron al baño y no volvieron a saber de ellas. El canoso y el elegante conversaban en voz baja, luego clavaron la mirada en su acompañante y brindaron: Por don Pedro, que gozó de todos los tesoros, Menos uno, mi estimado Celerino, no lo olvides, Te refieres a..., Exactamente. El poeta observaba, no brindó, no parpadeó, Don Pedro era un hombre sin tacha y es por ese por el que se brinda en esta mesa, alzó la voz Celerino que repitió el puñetazo; esta vez no fueron botellas las que rodaron: una parvada de palomas se levantó en revolución.

Cada vez recuerdo menos, farfulló Pureco y sintió frío, Es como volver a nacer, una sensación de no haber visto mundo; solo unas cuantas frases: ¿cuál es la velocidad de la oscuridad?, ¿cómo elegir la casa y la colonia? Señores, es un verdadero placer estar con ustedes, alzó la voz, Oírlos, saludarlos, gente tan cercana a Pedro Páramo. Recordó la sombra de su mujer, pequeño escalofrío, fue

cuando advirtió que estaba solo, apenas vigilado por unas ratas inquietas.

Se encontraba nublado cuando se aproximaban a Apulco, habían desayunado birria en Sayula y proyectaban comer en Zapotlán, Lily no disimulaba su mal humor, Nick, es una locura, tenemos demasiado trabajo para perder tiempo en estas tonterías; ¿no ibas a abrir otros restaurantes?, ¿qué pasó con el de Los Ángeles? Me siento ridícula, estoy perdiendo mis clases de yoga y aquí no encuentro lo que debo comer, Cómo chingas, Liliana, si vas a seguir así mejor no me acompañes, ¿Me casé con un neurótico? Primera noticia, todo es tan extraño y ahora me quieres excluir, De acuerdo, mujer, pero no me perturbes, sé que no es normal, sigo sin identificar lo que me induce, lo único que tengo claro es que hay sensaciones que me guían, que no puedo dominar, ¿te cuesta mucho entender eso?, Pues no te han guiado por el camino correcto, lo único que veo en ti no es a un hombre perdido, sino a uno que está perdiendo la razón, y sabes qué, mejor te dejo solo, llévame a Guadalajara, esta situación me trauma y no quiero ser partícipe de este absurdo, digo, como idea descabellada la puedes pensar, pero ejecutarla, es el colmo, además es lo que quieres, ¿no?, que te deje solo, Pues ya no y ahora te aguantas, ya mañana verás si regresas a Chicago o te quedas en el hotel, por el momento lo único que voy a hacer es continuar, Qué bárbaro, Nick, no creo que a tu edad debas andar en estos trotes, buscando el eslabón perdido, ¿Y cuál es la edad para buscar?, bebían refresco, Hablas como si siguiéramos en los sesenta, cuando todo era a nuestra manera, conseguirían mezcal en el pueblo, Dicen que por allá se encontraba la Media Luna, Por lo visto es lo único que no olvidas, ¿crees que buscas Troya?, Me parece que la encontraron, callaron, ¿La volviste a leer?, Lo haré regresando, compraremos otro ejemplar, al nuestro le falta la primera hoja, ¿Sabes qué creo?, que estás buscando un símbolo y que por lo mismo es imposible encontrarlo, simplemente porque no es real, ¿no se te hace un poco jalado de los pelos?, No, tampoco me lo explico, de algún lugar me ha llegado ese impulso y no lo

quiero investigar, tengo el apoyo de la doctora Campuzano para el análisis de las piezas, De ella no tengo nada que decir: es una científica.

Apareció el pueblo a su derecha, pero siguieron de frente, ¿Sabes qué me preocupa también? Que estés perdiendo la memoria, a Pureco también le preocupaba, pero no iba a reconocerlo, ¿No vamos a entrar?, De regreso, quiero ver el panteón de Tonaya, ¿Ya viste? Hay zopilotes por todas partes, Alguna vaca muerta por ahí. Negreaba la torre de la iglesia. En el puente se hallaba un alazán atravesado, brillaba a pesar de las nubes, ¿Y esa bestia, por qué no deja vía libre? Lily seguía exasperada, Eso solo sucede aquí, la gente deja sus animales dondequiera, no le importa afectar a los demás. Bajó la velocidad. Tocó el claxon, pero el caballo no se movió, se hallaba aparejado, se detuvieron, se bajó a espantarlo, pero de atrás del animal surgió Severiano Jiménez que se le plantó enfrente. Paralizado. Tuvo la sensación, estaba seguro, de que los cerros se habían secado súbitamente. Detrás de Severiano cientos de sombras lo increpaban. María Rodríguez pretendía apaciguarlas. Jiménez vestía igual, incluso su ropa se veía nueva, en el carro Lily, que solo veía el caballo, trataba de ubicar qué entretenía tanto a su esposo, por qué se había puesto descolorido, Qué esperas, quita esa sabandija y larguémonos. Severiano, escupiendo espeso, fue a su encuentro, de su cintura extrajo el puñal de larga cacha que pronto se llenó de sangre, sin verlo lo limpió en la pernera dejando una mancha más; aunque el aparecido se hallaba lejos sintió las entrañas desgarradas, vio su sonrisa taimada, heridas, cruel; detrás las sombras, después de derribar a María, le exigían acabar, Rómpele el cuello, muera el visitante, el caballo se había esfumado, la señal de ahorcado brillaba, sus ojos: dos orificios negros; cuando lo tuvo cerca vio cómo, su piel reseca, musgosa, el puñal, echaba el brazo hacia atrás para asestar el golpe definitivo, las sombras lo señalaban, y nada, zumbido, otro puñal, este con cacha en forma de cruz se le clavó en el pecho a Severiano, se oyó un bufido de hombre y el cuerpo se fue disminuyendo hasta quedar convertido en una plasta húmeda, humeante, maloliente. Silencio. Las sombras desaparecieron, Pureco se volvió, Tiburcio Ávalos, unos metros

atrás, sonreía, echaba humo, bebió de su pachita y se la pasó, Tómese un trago, amigo, pa'l frío es cuanto hay que ver, sobre todo para ese frío que debe estarle calando los huesos. Pureco miró el cuchillo plateado clavado en la boñiga, la cruz, cogió la botella y bebió, Tiburcio lo recogió, ¿Se convertirá en piedra?, No tiene ese privilegio, le regresó la pachita, Mire amigo, enfatizó el viejo: Hay hombres que siempre serán mierda; no se le vaya a ocurrir coleccionarla, dejó caer una brizna sobre la plasta que se incendió, los cerros realmente estaban quemados, No sé si sepa, pero este puente no hace mucho lo construyó el Gobierno, sígame, Tiburcio saludó a Lily que no se explicaba su presencia y la ausencia del caballo. María pasó rumbo al pueblo sin saludar. Bajaron al puente para mulas. En el extremo, entre unas matas de jamaica florecientes, sobresalían unas piedras color qlap. Pureco las tomó, observó y sintió que estaba a la mitad del camino. Tiburcio subía la cuesta rumbo al pueblo, Gracias, le gritó, el viejo se volvió, por poco el viento le tumba el sombrero, era el monje, con su hábito desgachado.

Ya me dijo tu vieja que no quieres salir de México, ¿y ese amor, tú?, ¿crees que es juego esa madre? De dónde esa nostalgia si ni naciste allá, ¿No puedo ir a la tierra de mis padres, reconocer mis raíces?, No me extrañaría, y por lo mismo, si tu raza es de Michoacán, ¿qué chingaos andas haciendo en Jalisco?, ¿Qué te importa? Te pago por cocinar no por vigilarme, Armando sonrió, Para eso me gustabas; okey, antes de mandar tu trabajo a la mierda, escúchame, pendejo, tú eres gringo, cabrón, no comprendes el jalón de la tierra, bajó la llama y vertió una salsa verde sobre el pescado, qué vas a entender, el día que no puedas regresar lo sabrás y para entonces ya se te habrá hecho bolas el engrudo, Tú qué sabes, eres de Sonora, No soy de Sonora y sé que México no es un recuerdo: es un pinche lastre que te inmoviliza, o mejor, un ancla que solo te permite moverte para donde ella quiere. Nos tiene de los tanates, ¿entiendes? De los huevos, controlados y programados; como dice Macedonio: es un agradable contratiempo, ¿por qué no podemos vivir sin esa cadena?

¿Sabes por qué no me gusta ir allá? Porque siempre me quiero quedar, veo a la gente, el lugar donde crecí y algo me ata al piso. Se hallaban en la cocina de La Villita, tenían a la actriz Salma Hayek hambrienta y le estaban preparando huachinango en salsa de acuyo, ¿Qué temes, que me quede en México? No entiendes un carajo, Tú eres el que nunca has querido servir pa' nada, cabrón, ¿qué carajos andas haciendo por esos lomeríos? Ya me contó Lily que te pones lelo, que se te cae la baba, que te la pasas tomando mezcal, viejo ridículo, ¿por qué no te vas a cochar, a comer, a fumar, a disfrutar como la gente decente?, No tienes la menor idea de lo que me pasa, es más, a carta cabal ni yo sé, De eso estoy seguro, no sirves ni pa' ver quién viene, sirvió el plato y se limpió las manos, Hay una novela: *Pedro Páramo*, ¿la has leído?, Dios me libre, ¿quieres que se me bote el chango como a ti?, sonrió, se fue por la libre, Se ve sabroso, Lo que yo cocino sale bien o sale bien, ya sabes mi marca; nunca creí que fueras tan bruto, ponte las pilas, pinche Nick, ya estás grandecito, ya tienes peleas en el coliseo, ¿Entonces no me acompañas?, No estoy loco, y no nací en Sonora, cabrón, soy de Culiacán y que yo sepa ahí no hay tradición de aparecidos, decapitados o mujeres vestidas de blanco, ahí la raza pisteas, se pone loca y ya, no andan viendo fantasmas y si se arrepienten de sus pecados lo más seguro es que le recen a Malverde, te dije que compraras un Malverde pa' ponerlo aquí, pa' que no se te vaya la buena suerte, La buena suerte es el trabajo, Pues entonces no andes haciéndole al desarrapado y ponte a picar cebolla, vertió un condimento gris sobre el pescado, ¿Qué es eso?, Oh, polvos de la madre Celestina y te callas, pinche gringo de pacotilla, sonrió con picardía, ¿Te llevarás a la Salma esta noche?, ¿Tú qué crees?

Yo soy Pedro Páramo, dijo Pedro Páramo y desapareció, ¿Y el pueblo? Caminó hasta ubicarse en una extensa llanura pedregosa en pleno mediodía. Supo que allí había existido la hacienda más famosa de México. Intentó imaginar el casco, pero solo vio esas bolas de ramas móviles con las que el viento juega. Aunque estaba poblada de lienzos, sus límites eran hasta donde te alcanzara la vista.

Silencio. Buscó, sopesó y analizó cientos de piedras, Pedro Páramo cayó por aquí, lo apuñalaron allá, pero logró llegar hasta aquí, este es el camino por donde apareció Abundio, luego se resquebrajó, estos bejucos deben ser del equipal donde estaba sentado, esperando, están muy duros. Las norias se habían convertido en pozos secos. Recogió una roca de buen tamaño, la olió y la guardó en un morral, después giró sobre sí mismo para escuchar mejor los lamentos, encontraría a la señora de las sombras y la llevaría con él, ¿Cómo se llamaba?, para que le dijera quiénes iban y venían por su casa. Tiró la piedra que había recogido y tomó otra, deambuló: recogía y tiraba, recogía y tiraba, hasta que Lily lo rescató y lo abrazó protectora, sus ojos felinos miraban el llano con cierta reverencia. Su marido hablaba de cosas que ella no veía y por ese día decidió respetar esa postura. Nick respiraba grueso, su cuerpo se había endurecido y por primera vez sintió los brazos pétreos, por su mente se movían las sombras de un camino que bajaba, que subía, un confesionario, una habitación enorme donde yacía una mujer llena de tules y olorosa a podrido. Le pareció ver a don Pedro acariciarla, pedirle que comiera, llamarla por su nombre. Un relincho lo sacó de concentración. Era un colorado, pero él vio un alazán tostado que trotaba furioso.

Lily lo subió al carro, lo obligó a tomar un par de píldoras y se quedó tranquilo, Tenemos que encontrar el cuchillo, masculló, y se fue quedando quieto, El hombre se fue por ese camino, quietito, como cuando el aire no corre.

Al día siguiente recogería a Lily. ¿A qué venía?, ¿qué no estaba arreglando algo en Canadá? Se vio el brazo donde había escrito el día y la hora de recoger a la güera en el aeropuerto, ¿dónde la había conocido? Era una mujer fantástica con un gran defecto, según Pureco: no podía tener hijos. ¿O sí y no había querido tenerlos con él?, Señora, usted que tuvo un hijo de Pedro Páramo, ¿cree que a mi mujer le dio flojera parir?, Qué va, si se hubiera encontrado con don Pedro le aseguro que hubiera tenido cuates, Ah, Ese era gallo no fregaderas. Allí mismo rentaría un carro e intensificaría la búsqueda,

si un hombre no puede ocultarse a sí mismo menos a sus restos. Sus padres habían hecho viaje por él y no tenía todo el tiempo, su madre lo había llamado por su apodo de infancia, ese ventarrón los había arrastrado sin que le concedieran el tiempo que necesitaba, ¿qué hacía el monje allí, qué pretendía?, La verdad, nadie se muere la víspera, aunque como están los tiempos, quién sabe; antes debo encontrar lo que me falta, si no, ni idea de lo que me espera, ni modo que me reconozca doña María si nunca me conoció. Apenas me vio en el puente de pasadita. La vida tiene fin y cada día que pasa se acerca.

Corre por mi cuenta, expresó con la cabeza colgando de borracho, Ha sido un verdadero placer conocerlos, oírlos, saludarlos; luego se ve la calidad de gente que son ustedes; amigo de las canas, perdón, no recuerdo su nombre, pero sé que usted acaba de ver a don Pedro, felicidades, para mí es un gran honor, y sí, estoy de acuerdo, don Pedro hubiera dado su vida por esa mujer, ahí nomás acostadita en su cama; usted, Celerino, que sabe vestir tan bien, tiene que llevarme a su cantera, déjeme buscar, hay hombres que son escombros, no me interesan, tampoco los que son cuacha, busco a uno que es piedra entre las piedras, que huele a mesa vieja y que es de un color similar al del clítoris excitado: qlap. En Chicago tienen su casa, o la tenían, no sé, llamó al mesero, silencio, se irguió, decidió pagar en la caja, pero estaba solo, en un sitio empolvado, lleno de telarañas, con una barra podrida y estantes donde solo se movían ratas entre botellas rotas. Como pudo se puso de pie. Afuera los murmullos ta-ladraban.

Marsalis, llegué tarde otra vez y sé que no te agrada, ni modo, te ofrezco disculpas; estoy hecha polvo, tuvimos a los excompañeros de Nick toda la tarde y no tienes idea de lo que tragan. Son unos gargantúas pantagruel, ¿te acuerdas? Verdaderos barriles sin fondo, y lo mismo que Nick, no tienen idea de lo que es la medida ni el valor de los alimentos, como te digo: tragan. Como has de imaginar el imbécil me obligó a ir; estaba yo tranquilita viendo la tele y ese idiota llamando. Ni modo, lo que menos me gusta de esa horda es

cómo desquicia la cocina, la cava, el almacén, los meseros: todo mundo se vuelve loco, hasta Armando pierde la compostura y se la pasa diciendo groserías; pero bueno, son unos clientes de lujo que no podemos despreciar. Caen de vez en cuando y arrasan. Nick se durmió temprano, fue tanto el trajín que hasta de sus piedras se olvidó. Las dichas piedras, ¿es posible que una novela ponga a alguien a buscar piedras por el resto de su vida? Mejor que se drogue, es más sociable. Si no te he contado de *Pedro Páramo*, ahí te va; y si ya te conté pues te aguantas: es el libro que lo deschaveté. Es muy raro, nunca sabes quién habla, dónde están, a qué hora, y aunque no hay gente mojada llueve casi siempre. Me trauma, no sé qué historia me está contando, lo único que entiendo más o menos es el caso del cura que ha sido atropellado por don Pedro, que a su vez vive perdidamente enamorado de una mujer que no le corresponde; hasta le mata al padre para tenerla con él. Los personajes tienen nombres bonitos, por ejemplo, Fulgor, Susana, Dorotea, pero nomás a mí no me dice nada. Al final matan a don Pedro de una puñalada y se convierte en piedras, que son las que el hombre con que vivo no acaba de encontrar. Consulté en internet sobre el autor, dice que nació en Sayula, Jalisco, hemos estado en ese pueblo varias veces, visitamos el panteón y la iglesia, comimos en el mercado, Nick una carne asquerosa, yo una manzana; no te preocupes, ya sabes que siempre llevo mi desinfectante. Invariablemente vamos a los panteones, a Nick le ha dado por ahí, recoge piedras que luego lleva a la doctora Campuzano para que las analice. Son tan raros estos mexicanos, como que miran desde adentro. Nick no era así, poco a poco se fue haciendo. Estoy muy cansada, Marsalis, se me cierran los ojos, y cuando a mí se me cierran los ojos también se me cierra el alma.

Los restos están en Baimena, farfulló la mujer con voz de hojaldra que se oprime. Cara terrosa, mirada negra. Bajo los harapos solo debía tener huesos. Desdentada, Hizo mucho daño y nadie lo quería, pero nos dio muina verlo en ese estado y le dimos cristiana sepultura. Pa' no estarlo viendo, dijimos, Algo bueno debió tener.

Fue cosa de nosotras, fuimos a la iglesia, pero el padre nada quiso saber, se fue agiladito pa' Los Mezquites dizque a ver una moribunda. No le pusimos cruz porque queríamos borrar su nombre, pero fue en vano, un nombre hace la vida y hace la muerte, muchas veces ni siquiera es necesario escribirlo, queda flotando ahí nomás, encimita de la tumba; entonces uno se entera de qué difunto quedó allí. Vaya a Baimena, tome el camino del norte, al llegar a la Y griega guíese por el viento: no hay pierde, es el más húmedo. Hojaldra que se oprime.

Isabel Campuzano observó las piedras, las giró, sopesó y las acomodó una con otra. Encajaban perfectamente, ¡Qué maravilla!, Pureco lo tomó como estímulo, ¿Dónde las encontró?, En Apulco, cerca de Guadalajara, a la entrada de un puente para mulas, ¿No había otras? Buscamos por todas partes y eran las únicas, tengo fe en que el resto esté por ahí, las piedras se mueven, espero que no hayan ido muy lejos, Lo felicito, tienen todo el aspecto de ser fósiles humanos, voy a mandarlos al laboratorio para que determinen su composición química y edad, ¿sabe usted cuánto hace que enterraron a Pedro Páramo?, Unos ochenta años, mintió, Tienen muy buen aspecto, se ven fibrosas, esperemos que contengan el suficiente calcio y fósforo para apoyar nuestro diagnóstico, se quitó los guantes para despedirse.

Pureco salió feliz, en su camioneta rosa mexicano abandonó la universidad.

Al día siguiente por la noche recibió la llamada: Señor Pureco, está usted en el camino correcto, pase mañana por sus fósiles, le indicaremos cómo conservarlos; huelen, han reactivado su proceso de descomposición, ¿pretende enterrarlos?, dijo que no lo había pensado, pero que por lo pronto serían parte de su familia.

Llegó a la cama donde Lily dormía, con una botella de tequila y dos caballitos, tele encendida. Sirvió y bebió, primero el suyo, después el de ella. Luego miró por la ventana, la luna era una llama acuosa. El barrio dormía. Pudo ver claramente al señor Ferguson saltando las gerberas con su perro en su jardín.

Un hombre es la imagen de Dios y de sí mismo, pensó, y se sirvió de nuevo, en el caballito de su mujer.

Se deshizo de un sinfín de aparatos eléctricos, ropa, regalos sin abrir, una cama y toda clase de objetos decorativos hasta que vació el cuarto del fondo. Por primera vez habría un huésped mexicano en esa casa.

Acomodó los restos de don Pedro de tal manera que formaran cuerpo. No eran muchas piedras; sin embargo, fueron suficientes para imaginar la disposición de las partes. De pronto oyó el aullido del perro del vecino, lastimero, un instante después una sombra se acostaba sobre el cuerpo como si se lo estuviera probando, ¿la velocidad de la oscuridad? Piel de gallina. Pensó en rezar, pero no recordó cómo ni qué. Era media tarde.

La sombra contempló las piedras, dudó, movió la cabeza y se marchó con una leve sonrisa.

No sé qué le ves a esa suripanta, está que se cae de flaca, enferma; además es una campana: se deja tocar por cualquiera, ¿qué no la has visto? Hasta con tu compadre Casimiro tuvo que ver, que es el más feo del pueblo y murió de mal desconocido; digo, si no tuvieras mujer está bien, no tiene la culpa el indio, sino el que lo hace compadre, pero aquí me tienes, ¿por qué andas de birriondo?, ¿no te di doce hijos, más los tres que perdí? No me parece tu proceder, ni que fuera tanto el maíz que levantamos pa' que lo andes repartiendo, ¿nos quieres dejar a raíz?, ¿qué te hemos hecho?, ¿por qué vendiste la vaca? ¿Te enfadó la leche, te empachaste con el queso? Eres un desconsiderado, un hombre no deja sin comer a su familia por complacer a viejas cuzcas que quién sabe de qué familias serán; no seas injusto, ¿callas?, ¿te comieron la lengua los ratones? Respóndeme, ¿no que muy machito?, ¿no decías que contigo poco ruido y muchas nueces, que te las comías ardiendo? No chilles que con eso no remedias nada, límpiame esos mocos, por ahí debes tener un paliacate; nos dejaste en la ruina, nos dejaste morir de hambre, los doce hijos parecía que se habían puesto de acuerdo, se morían un día sí y otro no, a eso de las cinco de la tarde, como para que no

nos diera calor cuando los lleváramos a enterrar y que no se amontonaran; esos sí eran hombres, no como tú que ni casado conmigo supiste vivir la vida, ha de ser triste después de muerto seguir siendo un miserable, ¿y todo por qué? Por creerle a la gente que yo había tenido que ver con don Pedro. Más tarugo no podías ser.

Nicolás Pureco escuchaba, su cabeza era un remolino, veía su carro muy lejos, detrás del campo calcinado, Este panteón está limpio porque yo lavé las tumbas, continuó la mujer, Cuando a mi comadre Conchita la recogió Dios, me hice cargo, todas menos la tuya que es un muladar, porque tú no mereces mejor vida, no mereces entrar al descanso eterno, que la limpie la puta esa que tanto te gusta, porque yo, primero muerta. Lily veía la congoja en el rostro de su marido, tocó su brazo y experimentó un escalofrío, ¿Estás bien? Pureco se recargó en ella y afirmó, su noción de realidad oscilaba angustiosamente.

Esta mañana tuve que abandonar la oficina; me vino una angustia que no pude soportar; me hallaba apaciguado pensando en las piedras cuando llegaron unos meseros; habíamos acordado algo, nunca recordé qué, me hablaban de ello como de un hecho consumado que los ponía felices; me di cuenta de que no recordaba sus nombres y empecé a sudar; los interrumpí, por favor, les pedí, hablemos otro día, ahora estoy cansado; pero si es muy temprano, dijo el más viejo, por favor, mañana arreglamos lo que falte, Justo es eso, don Nico, no falta nada, Adelanté que estaba perfecto, que igual nos veríamos al día siguiente. Mi secretaria, de quien tampoco recuerdo el nombre, pero sí que cumple años el 16 de mayo, me pasó un documento con la autorización de seis préstamos para vivienda de interés social. Dicen que la ceguera es blanca, pues la desmemoria también. En la calle descansé, todos los rostros eran desconocidos y nadie me miraba; después me sentí frágil, solo, semejante a mí mismo.

De pronto me entró una gana suave de ver las piedras, las primeras, que la doctora Campuzano me había devuelto tres días

antes; quería tocarlas, pensar en ellas, disfrutar la claridad con que las recordaba: eran once y olían a sobaco de chango.

No las quise mover. Acerqué la botella de tequila, me senté en el piso y aquí estoy, observando las sombras que van y vienen. Siento que este es mi territorio, lo que me hacía falta para entender la vida.

Cuando vivíamos, lo que más flojera me daba era traer agua, Me acuerdo, Y a mi amá parecía que le daban cuerda, ándale muchacho, que necesito lavar, llena la tinaja, riega las matas, la cordón de obispo se está secando y la pobre siempre viva también; a veces te mandaba a ti, pero con el que se ensañaba era conmigo; cuando te moriste, empeoró, ahora tenía que moler nixtamal, tostar café, llevarle agua a las gallinas y darle de comer a los cochis; no paraba, pero no me molestaba, me había quedado solo; lo que sí me daba muina era cuando me confundían contigo: Flavio, me gritaban, cuándo nos echamos unas, soy René, aclaraba yo, pero ellos me seguían llamando Flavio como si el muerto hubiera sido yo; pa' qué más que la verdad, nunca me acostumbré, y menos cuando mi amá también me empezó a confundir y a decirme que no acarreará agua, que eso me correspondía a mí, que solo hiciera lo que me tocaba. Decían que me ibas a traer, que un gemelo siempre llama al otro, pero nunca lo hiciste; Yo creo que por eso me gustó morirme y lo que más me gustó fue que me enterraran contigo, es como volver a casa, ¿no? Ahí nomás los dos, ah, te mandó saludar Tiburcio Ávalos, dijo que no se te olvidara su encargo, que tú ya sabías. ¿Te acuerdas de aquella mujer, la que nos hizo hombres, allá en Los Aguacates? La seguí visitando los viernes por la noche, como cuando tú estabas; ella nunca se equivocó, ni dudó siquiera cuando estábamos juntos, creo que fue la única que sabía quién era quién, incluso más que mi amá, ¿te acuerdas hermano?, Me acuerdo.

Las piedras fueron llegando poco a poco. Las encontró en macetas, lienzos, calles empedradas y en el jardín de Tiburcio Ávalos; en Apulco y Tuxcacuesco, en Tonaya y San Gabriel. Religiosamente las llevaba con Isabel Campuzano, quien después de evaluarlas las

ponía en sus manos con una sonrisa. Felicidades, señor Pureco, veo que su suerte aumenta. Luego las colocaba en el cuerpo imaginario y se quedaba quieto, en una esquina, para ver llegar a las sombras que siempre desaparecían desalentadas o irritadas; se echaba un trago a la salud de sus logros y aunque le preocupaba su falta de memoria siempre era superior su alborozo. Sin embargo, ocurría una cosa que le molestaba muchísimo: no había mañana en que las piedras no amanecieran desparramadas y la figura despatarrada, con un brazo aquí y una pierna allá, ¿a qué se debía?, ¿y la sombra sonriente?

Una tarde se reunió con la doctora Campuzano, bebieron café, ¿Tienen algo en especial?, Contienen lo que cualquier hueso humano, ¿ha notado algo?, Nada, respondió dubitativo, Solo que jamás amanecen como las dejé la noche anterior, ¿Cómo?, Se mueven, puedo dejar una en la cabeza y amanece en el estómago, las de los pies en las esquinas y así, Mire, todas las culturas cargan con algo, los mexicanos y por lo que veo sus descendientes tenemos una fuerte vinculación con nuestros muertos, ¿no ha escuchado alguna vez a personas fallecidas? Los padres, por ejemplo, hay quien asegura haberlos visto, escuchado y hasta olido, y no aceptan ninguna explicación ante la certeza de que los vieron, los ayudaron en algo o vienen por ellos; no hay tal, la imaginación es capaz de eso y más; yo no me explico su empeño, salvo porque sus padres fueron mexicanos y usted responde a esa ley universal de que las fronteras no borran la herencia genética, dio un sorbo a su café, en su escritorio descansaban pequeños envoltorios, ¿Es alguna de mis piedras? Pureco señaló el montón, la doctora dudó un poco, luego sonriente le pasó uno alargado, La última que me trajo, es auténtica; por cierto estaré ausente durante seis meses, he sido invitada por la Universidad Complutense de Madrid a impartir un seminario y debo viajar la próxima semana, nos veremos a mi vuelta, espero que me esté aguardando cargado, ¿no faltan muchas, verdad?, Unas cuantas, Le dejo mis datos por si se ofrece, ¿Por qué se mueven?, la doctora volvió a fumar, Si no es acción humana por el momento carezco de respuesta, pero la debe haber, la ciencia explica mucho.

Se despidió, el envoltorio era una estela de 16 centímetros ligeramente curva, supuso de qué se trataba y no pudo evitar una sonrisa, Ah, Damiana Cisneros, no tienes idea de lo que te perdiste cuando te negaste a abrirle la puerta a don Pedro. No tuvo problemas para encontrar su sitio. Sería la única pieza que no se movería.

La vio llegar porque el calor no dejaba dormir. En la enramada cabían cinco catres y una cama de correas y eran como seis naves protegidas por la neblina de los mosquiteros. A 12 metros de la cama corría un pequeño canal que se cruzaba por un caprichoso tronco de mezquite. Ese arrullo líquido. A la derecha una parra y un limonero, a la izquierda un mango indio. Flores por todos lados. Aroma. Tres montones de boñiga humeaban. En ese momento la ubicó. Había luna suficiente. Caminaba sin traspies por ese tronco imposible.

Dos meses antes Luis Pérez le hizo la advertencia y él se preparó. Tomaban café con piquete después de cenar. Al principio optó por un diez blanco, pero estaban tan escasos que tuvo que cambiar de idea; fue en El Remate Azul, de Farjé el Barato, donde consiguió la moneda de veinticinco centavos, la de la balanza. Luis Pérez había sido enfático: Si no consigues el diez blanco tiene que ser una peseta, si intentas darle un veinte y un cinco te los rechazará y vaya a saber cuántas maldiciones te eche. Un señor de Otameto se volvió loco, otro de Corerepe no volvió a ver.

Dicen que anda pidiendo limosna para pagar una manda, tiene que juntar cinco mil pesos de puras monedas.

La mujer se detuvo un instante ante la formación; él, que no la perdía de vista, compuso el pecho; que no se le ocurriera despertar a sus hijos y menos al nieto que era tan asustadizo. Sacó la peseta de abajo de la almohada y esperó. Qué ganas de prender un macuche, pero se aguantó. Su mujer dormía como bendita.

No le busques la cara, insistió Luis, lo único que debes verle es la mano cuando la estire para recoger la peseta, pa' qué te expones a más ruindad. Vio cómo una mano arrugada, brillante, huesuda,

atravesaba la tela y se abría ante sus ojos azorados. Se atragantó. Depositó su óbolo y esperó a que se alejara. Temblaba, ¿Y los perros? Luego se levantó a orinar, a fumar, a interpelar a Dios, hasta que sopló el primer aire fresco de la madrugada.

¿Qué tal si me invitaras a cenar?, Lily lucía relajada y hermosa, regresaba de sus clases de yoga, No tengo hambre, ¿Quieres morir de inanición, estás muy viejo para entrar al club de los anoréxicos?, ¿Me asegurarías que estoy vivo?, lo pellizcó, Nick retiró el brazo con premura, Por tu reacción parece que sí, ¿te tomaste la píldora de las seis? Háblale a Armando, que te prepare algo, ¿A ese engendro? Me serviría comida para perros, prefiero una sopa del Kioto, Macedonio dice que a pesar de los platillos es un buen restaurante, Macedonio no sabe dónde tiene la cabeza, ¿sabías que toca el piano a las tres de la mañana?, ¿En un bar, por qué no hemos ido?, En su casa, desvela a los vecinos, me contaron, no recuerdo quién, Qué bueno que vive en el quinto infierno, entonces qué, ¿nos vamos?; pides tu sashimi de robalo y un teriyaki, digo, para que te puedas tomar tus cervezas, ¿Tiene que ser el Kioto?, Aparte de la comida es famoso por el servicio, los meseros son de primera, ¿no te acuerdas? Deberíamos piratearles algunos. Se desconectó, vio flotar una sombra, no escuchó los siguientes comentarios de su mujer.

Entró nervioso, frío, abandonado a su físico. ¿Era Severiano Jiménez el pendejo que apenas cruzó el umbral le clavó la vista? Advirtió que llevaba una orden y cómo se volvía para mirarlo con insolencia. Se sintió aún más laxo, ¿era o no era? Tenía la misma cara, el mismo peinado desparramado en la frente, la misma fortaleza, cuando constató que sí. Vio el cuchillo rojizo en su cintura, las manchas transversales en su pantalón donde lo limpiaba y cómo se ennegrecían sus ojos de buitre y su piel se maceraba, ¿Qué te pasa?, pensó en Tiburcio Ávalos, Te pusiste pálido, en su puñal cacha de cruz, No recuerdo, ¿qué hacemos aquí?, ¿Cómo que qué hacemos? Es el Kioto, vamos a cenar; ay, Nick, estás muy raro, ¿tomaste algo, o tiene que ver con las piedras hediondas que pusiste

en el cuarto de los triques?, ¿Será que no quedó en el puente convertido en boñiga?

Sí, es el hijo de la rechintola.

En su cerebro, una manada de caballos verdes galopaba.

En Los Equipales, el hombre de las canas leía concentrado, bebía cerveza clara y se espantaba las moscas. Pureco lo miró y lo arrebató la angustia, ¿quién era?, ¿dónde lo había visto? Lo vistió de ejecutivo y nada, uniforme de futbol americano y tampoco, de proveedor y menos. Lo observó descaradamente hasta que el canoso le puso atención, ¿Nick Pureco, de Chicago?, Perdón, ¿dónde nos hemos visto?, Hace unas noches estuvimos bebiendo, me contó que le gusta el café con piquete y que está a punto de comprar una hacienda por el lado de Tuxcacuesco, Pureco se miró las manos sucias y las uñas largas, sintió sarro en los dientes, El hombre es una idea de Dios y de sí mismo, El hombre es uno, interrumpió el canoso, Usted se parece a todos y es todos, Siéntese, cerró el libro, lo dejó sobre la mesa, ¿Se toma algo?, Cerveza, por favor, ¿Qué le pasó la otra noche?, era un ejemplar de *Pedro Páramo*, Confesó padecer fobia social, nos quería pegar, se puso a hablar inglés y a insultarnos, escuchó con la mente en blanco, el otro lo miró profundamente, He perdido mis recuerdos y no sé cómo comportarme, le ofrezco disculpas, el canoso sonrió con ironía, Usted sí que es especial para las excusas, Desde luego que no es creíble y en honor a la verdad a estas alturas me importa más bien poco, ¿sabe qué quisiera?: volver al lugar donde nos conocimos, pero no recuerdo el nombre ni el rumbo, ¿Volver, y qué cree que está haciendo?, ¿Aquí es?, Ni más ni menos. Vio los estantes repletos de botellas a medio vaciar, al cantinero bigotudo, gente en las mesas conversando alegremente. Empezó a llover, nada encajaba en su cerebro, por las ventanas abiertas se colaba la brisa, Estoy acá porque busco los restos de Pedro Páramo, recordó, los que faltan, me urge porque mis padres ya vinieron por mí, ¿pues qué tomé?, De todo, Tal vez me crucé con las pastillas para los nervios, reflexionó, llovía con sol, Están pagando los tracaleros, sonrió el canoso,

bebieron, Por usted estoy otra vez con esta novela, señaló el ejemplar, ¿Por mí?, su mente era un papel rasgándose en tiritas, La elogió con tal pasión que lo menos que puedo hacer es releerla, vislumbró los dos nombres sobre la portada, flotando, ¿Recuerda al hombre del sombrero café?, Solo recuerdo ratas en los anaqueles y un tropel muy intenso, ¿En serio? De veras que está usted mal entonces, amigo; esa noche estuvo con nosotros un hombre alto, elegante, vestido de piel, que posee canteras, ¿se acuerda? Se llama Celerino, está muy grave, acabó su botella, pidió otra ronda, cerca de las dos de la mañana, cuando salimos de aquí, lo atropelló un landó jalado por un caballo enloquecido, todavía no se repone, Pobre, dele mis saludos, ¿Ustedes se conocían?, No creo, aunque usted diga que el hombre... ¿qué fue lo que dijo?, Olvídelo, el caso es que a cada momento pregunta por usted, quiere verlo y soy el encargado de ponérselo enfrente.

Se fijó en la portada: era una pequeña lápida de la que brotaba una neblina tenue que maquillaba los rostros. El nombre del autor había desaparecido.

Sea por Dios, respondió.

Miren lo que he comprado, expresó el señor Ferguson exultante, un pastor alemán se movía inquieto, ¿no es una belleza?, salían a pasear, Qué lindo, aprobó Lily, al fin tendrá un amigo en casa, señor Ferguson, Nick afirmó con una sonrisa, Esperemos que no sea enfermizo ni adicto a las garrapatas, Ojalá, señor Pureco, y que no se escape, no me explico qué les ocurría a los otros, se ponían histéricos, aullaban, perdían el apetito y a la primera oportunidad huían despavoridos por esa calle que ni ancha es, este se llama Rin Tin Tin y es un amor, No me diga, ¿te acuerdas Nick?, Ahora sí lo atrapó la nostalgia, señor Ferguson, Infancia es vida, dicen. Conversaban desde sus respectivos jardines separados por una reja blanca de metro y medio de altura, Pureco construía una fuente mexicana y salvo algunas plantas en la orilla lo demás era un caos, Encontré las croquetas en oferta y me traje dos costales, el de su vecino se hallaba en perfecto estado, para que no le falten, ¿En

serio? Entonces será la mascota más consentida del barrio, Son para que haga duro y sirva de abono, les digo por si se hace en su jardín, ya saben que no es malo, Bienvenido Rin Tin Tin, puedes hacer en este jardín lo que te plazca, nomás no te hagas dentro de la fuente, ¿eh, super estrella? El perro seguía incontrolable.

Serían las seis.

Emocionado Ferguson por la aprobación de sus vecinos, soltó a su mascota que emitió un profundo aullido, saltó la verja y salió disparado por donde se habían ido los otros.

Las uñas limpias y recortadas eran la mayor exigencia de mi madre, Nahual, ¿para qué crees que hizo Dios el agua?, ¿Cuál es la velocidad de la oscuridad? Siempre las tenía impecables: limadas y lavadas. Estoy en esta habitación desde donde se ven esos caballos de metal a todo galope, los veo verdes, pero sé que son alazanes, ¿por qué? No sabría decirlo, tal vez empiezo a tener recuerdos nuevos; podrían ser barrocos, overos, azabaches, rosillos, blancos, retintos o zainos, pero no, son alazanes tostados, acostumbrados a saltar lienzos y a querer al jinete. No espero, no me muevo de aquí, pero no espero. Mis ojos no saben qué ver ni mis oídos qué oír. Mi corazón deja pasar el tiempo. Me he mantenido en vigilia porque no quiero ver a mis padres, estoy seguro de que no me ayudarán con lo que falta. Tanto que me querían y no me pudieron conseguir unos minutos. Hay un cuarto al que quisiera entrar, pero no sé cuál es ni dónde se halla. Allí está lo que busco. Recuerdo mi nombre, el de mi mujer y el de Pedro Páramo. También pasajes de mi niñez. Perder recuerdos no me gustaba, al principio me asustó, pero pronto descubrí que hacía la vida más ligera. Es como comer despacio. Por aquí debe haber unas cataratas. Ese ruido no puede ser otra cosa. No importa que no haya río ni brisa ni montaña: una catarata siempre será una catarata. Tienes que volver en invierno, me dijo un día Tiburcio Ávalos. Pa' que aprecies lo que es la fuerza del llano: su miseria y su grandeza. La habitación es cómoda, de no fumar. Esos caballos me podrían llevar, pero están encabritados; pudiera ser,

mientras no se les quiebren las patas, pero ¿a dónde? No sé, la verdad no sé.

Bueno, quién se acuerda de eso, Marsalis, John Lennon no era más que un pobre infeliz intentando dejar la droga y Janis Joplin murió en un hotel miserable. De Jimmy y Jim ya sabes lo que pienso. Hoy estuve 27 minutos en posición de loto y es como volver a crecer; evalúas tu vida: errores, aciertos, escapadas nocturnas; ya no me siento frustrada por no haber estado en Woodstock, digamos que he encontrado mi karma y me muevo en él como una pluma de gaviota, aunque no sé si las gaviotas pierden sus plumas; no sé por qué, pero temo que todos esos cuentos sobre mexicanos sean verdad; he estado con Nick en panteones, puentes, jardines y casas viejas; he escuchado la voz del viento y lo he visto llegar con la lluvia, un viento similar al de Chicago. Soy un amasijo de carne, Marsalis, pero de carne sana, no sé qué hacer con las cosas insólitas que ocurren en mi casa. Me contó Macedonio que a veces estás charlando con un mexicano y está muerto, te escucha con atención, comenta algo sobre el clima, la situación política y de pronto, se despide con mano fría y atraviesa la pared más próxima, ¿lo puedes creer? Me estaba embromando, lo sé, pero igual me sentí extraña, como si fuera cierto, luego me dijo que le pusiera nombre a la vida, ¿qué quiso decir? Como te imaginarás, me quedé en Babia. Toda la tarde hablando de muertos y terminó con que había que nombrar la vida, ¿te parece coherente? A mí no, y mira que soy su más ferviente defensora, delante de mí no se murmura de él porque me los chingo, como dice Armando. Conclusión: aunque Macedonio tenga lo suyo, los muertos no son su fuerte. ¿Te acuerdas de cuando trabajaba en el hospital? Dicen que ese trabajo deshumaniza, pero no es cierto, cuando se me moría un paciente sentía algo así como un desprendimiento; no sé, en aquellos años se trataba de salir del paso y cada muerto significaba menos trabajo, pero ahora, tú sabes cuánto quiero a Nick, sí, ya sé: mi gran error: mi canción de Rod Stewart; sin embargo, te he confiado todo desde que lo conocí, ¿te acuerdas? Yo era joven y estaba muy loca. Como dijiste una vez:

después de aplicar doscientas inyecciones intravenosas no es para menos.

Esta mañana fui a buscar a la doctora Campuzano. No se encontraba. Quería regalarle las piedras aprovechando la ausencia de Nick. Algo debo hacer y decidí lanzarme a fondo. Lo primero fue quitarle la tentación; la verdad había piedras por todas partes; pobre viejo, invertía un montón de tiempo en acomodarlas para que amanecieran donde les pegaba la gana, solo el pene no se movía, ¿lo puedes creer? Es sorprendente su parecido al de Nick, ay, no, ya estoy otra vez con mis cosas, mejor sigo con las piedras; las recogí, las eché en una caja y me fui a la universidad, solo que la doctora se hallaba en España dando un curso y nadie quiso recibirlas. Maldita vieja, qué curso ni qué curso, debe andar en Las Canarias viendo bugambilias, ¿hay bugambilias allí? Sé lo que piensas: reacción típica de mujer: tu abuela. Acabo de ver la Costa Azul en la tele y está más costa que nunca; voy a invitar al buscapiedras, no confío en mis artes amatorias como para ir sola, el idiota prácticamente me echó de Guadalajara, si no recuerda su nombre, menos lo que debe cumplir. Te tengo que dejar, Marsalis, mi celular ha sonado siete veces.

Pureco recorría la ciudad, no se detenía en los semáforos ni en las florerías. Se abría paso a empujones, su corpulencia se había vuelto grotesca y sucia. Caminaba en zigzag, como jugador de fútbol americano, ¿hay algo más feo que una cola de pescado?, divagaba, ¿hay algo en el norte que pertenezca al sur?, ¿cuál es la velocidad de la oscuridad? Súbitamente agredía a los transeúntes con cáscaras de naranja y maldiciones en inglés. Cuando topaba con una casa antigua se detenía, la recorría palmo a palmo, buscaba piedras en las paredes, hasta que alguien, casi siempre un bigotudo, lo empujaba a seguir errante, Busco una escuela, un internado donde estuvieron los hermanos Pérez, Retírese, señor.

El día que Lily llegó de Calgary estuvo insoportable. Evidentemente su transformación era radical. Así lo comprendió la mujer que regresó a Chicago, convino con el doctor Allen que aceptó

hacer el viaje, siempre y cuando estuviera acompañado por algunos viejos cancerberos del hospital donde Lily había trabajado. Fue esta idea la que mantuvo su mente en vilo por muchas horas. Si él se había empeñado en esa búsqueda, ¿era un llamado de la sangre? Si lo que deseaba era seguir allá, ¿por qué impedirlo? Uno no puede elegir dónde nacer, pero sí dónde morir, y según parece no es una elección descabellada.

Aquí es la Y griega, por la izquierda llega a Comala, por la derecha a La Media Luna, y perdone, francamente no le entiendo. ¿Sabe qué pasa con los habitantes de estos pueblos? Nada, por eso no lo dejé entrar, viven y piensan en la sombra; como le he venido contando, adoran la oscuridad, jamás para de llover, pero no relampaguea, por eso no conocen el sol, y qué bueno, no podrían resistirlo; son débiles, enfermizos, porque se casan entre ellos. El cura sabe que es pecado, pero no lo puede remediar, sabe además que de ahí viene su mala salud, pero no se atreve a explicarles. Son duros de entendederas. Lo del diluvio no lo comprenden, temen a Dios porque hay que temer a alguien, pero nomás. Son pálidos, de ojos zarcos y no crecen mucho, su delgadez asusta, nunca ríen y si lo hacen es con una sonrisa cansada, sin chispa. Cuando se mueren jamás cambian de aspecto, se ven igual, si acaso los ojos se opacan un poco, como si se hubieran empañado, pero nomás; usted puede ver a los vivos y a los muertos conviviendo tranquilamente, asistiendo a las fiestas y enseñando a los niños a comportarse; cuando alguien ha sido un buen ciudadano se le sigue consultando; que yo sepa no tienen curiosidad de nada y tampoco se enteran de nada; no sé si le pueda ayudar, es que, como le dije antes, no le entiendo, ¿me puede repetir la pregunta? Con mucho gusto: si la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad? Perdone mi ignorancia, ¿qué es 300 000?

Era un reguero de piedras; rojo de ira reacomodó algunas, ¿Por qué se mueven? Jamás las encuentro como las dejó la noche anterior, así no puedo saber cómo ando, ni siquiera hacerme una idea, ¿será que me falta una, dos, cincuenta? Lily se hallaba en la puerta cruzada de

brazos con un cubrebocas, ¿Quieres un tranquilizante?, Mejor un tequila, ¿Tomaste tu Prozac?, No recuerdo, ¿para qué es?, ¿has movido algo de aquí?, Nada, ya sabes que ese olor no lo soporto; por cierto, lo acabo de decidir: iré a Calgary el lunes, me trauma pero mi padre insiste en repartir su herencia en vida, ¿quieres venir?, ¿Tienes padre?, no lo recuerdo, Por eso no quisiera dejarte solo, Nick, has olvidado casi todo, Vete tranquila que aún recuerdo lo suficiente para sobrevivir, ¿No te angustia?, Un poco, mintió, Hay ratos en que me siento tan sosegado que no quisiera moverme, Por favor, no salgas de casa, Armando te buscará si se presenta algún contratiempo en la oficina, ¿Quién es Armando?, El cocinero, nuestro amigo, Ah, ¿uno que es de Sonora?, El mismo, pues él está a cargo, yo vendré pronto, supongo que solo firmaremos, ¿No moviste ninguna piedra?, Que no y te voy a traer tu Prozac, ¿Tienes idea de por qué se mueven?, Si no la tienen tú y la doctora Campuzano, que se dedican a ellas, menos yo, ¿De quién me hablas?, Nick, ¿cómo se llamaba tu madre?, ¿Murió ya, no?, La enterramos en su pueblo junto con tu padre porque murieron el mismo día, todo mundo fue al velorio, fue un sepelio con música, cuetes y mucho aguardiente; por favor, Nick, ¿cómo se llamaba?, Tú eres Lily, mi esposa querida, se enternecieron, lo abrazó, Suspende esa búsqueda absurda, mi amor, te lo suplico, mira que aún nos quedan muchos años por delante, No puedo, ¿Por qué?, No lo sé, me gustaría visitar a mis padres, ¿cómo se llama su pueblo?, Lily era de las que no lloraban, Dios mío, haz que se recupere, a su lado, tres sombras contemplaron la dispersión y se marcharon enfadadas, Mi madre se llamaba Susana y mi padre Nicolás. La mujer movió la cabeza, él empezó a formar el cuerpo de nuevo, cuidadosamente.

El canoso esperaba. Bebía cerveza tras cerveza. Consultó su reloj, la luminosidad y al cantinero que se encogió de hombros. Aunque su mesa se fue humedeciendo por las numerosas botellas, no dejó de poner atención a la puerta. Ni siquiera pudo leer. Se hallaba ebrio cuando entró Nicolás Pureco, quien como Pedro por su casa recorrió el local hasta llegar con él y sentarse, sudoroso, dejó un trozo de

cáscara de naranja sobre la mesa y mostró sus uñas limpias, Hoy he repartido mi inquina a manos llenas, Usted dijo que un hombre es semejante a Dios y a sí mismo, ¿me equivoco? El recién llegado negó, Ahora dígame, ¿cómo reparte su inquina un hombre que piensa eso?, Lancé cáscaras de naranja a medio mundo mientras el otro medio aplaudía, ¿Por qué?, No sé. El canoso hizo un gesto de minimización, No sé quién sea usted, pero no ha crecido suficiente, envidia la cantidad de asombros que le esperan, ah, debe ser porque perdió la memoria; deje de fingir, Más bien he decrecido, cada vez mis recuerdos infantiles son más lúcidos, una vez me perdí en un naranjal, como los gringos nos tenían amenazados con deportarnos si consumíamos algo no pude comerme ninguna, Es un cuento idiota; no tiene cara de embaucador, pero lo es, No me hable así, no se lo permito a usted ni a nadie, Golpéeme si quiere, es lo que iba a hacer la otra noche, ¿no?, ¿Usted sabe cuál es la velocidad de la luz?, al canoso le ganó la furia, ¿Qué le pasa, tengo cara de estúpido o qué?, Sé que lo sabe, pero ¿ha pensado en la de la oscuridad? No resistió, barrió las botellas que se encontraban sobre la mesa ante el asombro del cantinero que rápidamente les mandó tequila, se miraron, Pureco como si no le concerniera, Pedro Páramo hizo que sus caballos pasaran por mi hotel a todo galope, el canoso vació su caballito, Usted y yo tenemos algo pendiente, amigo, disfrutó el vapor que emanaba de su estómago, Era un galope verde, Vamos a ir con Celerino o aquí nos morimos en la raya, golpeó la mesa, Pureco despreocupado bebió, ¿Por qué no?

Afuera la lluvia era una razón insulsa para darse prisa.

He pensado en la muerte, Marsalis. No en la mía, claro, con la vida que llevo la verdad espero pasar de los noventa. Recordé el hospital: tantos años de lidiar con la huesuda me enseñaron a reconocerla, olerla, oír sus pasos. No creas que camina de puntitas, su pisada es recia; devastadora, diría mi padre; muy ruidosa, la tía Carmen de Nick. Lo que oye Nick no es la dama delgada, estuviera pálido y carcomido; ve tú a saber lo que sea, pero la muerte no es, una vez escuché un relincho, pero nomás, siempre he pensado que lo

imaginé. No voy a cambiar a Nick, no estoy de ánimo y como bien dices tú, siempre se puede elegir el sufrimiento; se lo comenté, no creo que lo haya comprendido. De la casa ni te digo: es un desastre, pero no es una casa triste, no, es una casa sucia, no puedo controlar la inmundicia, no me explico por qué los vecinos no se han quejado, que nos valga que el pobre señor Ferguson es un alma de Dios, si no, ya estaríamos en la corte intentando explicar lo inexplicable. Tampoco huele bien, he rociado toda clase de desodorantes y lo único que he hecho es contribuir a acabar con el equilibrio del planeta; nada ha ocurrido, como si el hedor saliera de los cimientos o de la tubería de la calefacción, ¿lo puedes creer? Nick deambula, no habla, no observa, solo se pasea sin poner atención, como si anduviera en onda. Voy a Calgary mañana, mi padre quiere testar en vida y nos ha convocado a todos, Vienen Jimmy de Argentina y Tanny de Brasil, seguro veré a Pamela que vive allí, ya te contaré; como bien sabes, no me interesa su dinero. Una mujer sana nunca será una pobre mujer. Nick cada vez recuerda menos, pero no me puedo quedar, no quiero disgustar a mi padre, será mi buena acción del año. Nelly Windsor y su hija organizan una excursión a California, tal vez me anime a acompañarlas, aunque no quiero abandonar mi idea de la Costa Azul, usaré un bikini rojo para que haga juego y comeré setas asadas con crema de espárragos. La figura es lo único que una mujer no debe perder, ¿estás de acuerdo? Y si no qué más da, nos vemos al regreso, querido.

¿Quién es?, Se llama Luis Pérez, patrón, es el experto en norias que mandaron de El Continente, ¿Es de confianza?, Lo mandó don Tomás López, usted se lo solicitó, Lo había olvidado, debe ser el frío, o el equipal, mirar tanto para el camino me está borrando el entendimiento.

Don Tomás, usted y yo haríamos la pareja perfecta, sí señor, Hombre, es un honor que lo diga don Pedro, ¿se puede saber por qué?, se encontraron en la Y griega, don Pedro en su alazán tostado, don Tomás en su cuatroalbo jaspeado, Ya me contaron que puso quieta a la mujer de los dieces blancos, Usted hubiera hecho lo

mismo, Pero le tocó a usted, y por lo que se ve la alejó para siempre, la gente duerme tranquila y hay que verlo de esta manera: mientras yo me encargo de poner quietos a los vivos, usted se encarga de poner quietos a los muertos, ¿qué le parece?, Hombre, don Pedro, si usted lo dice así debe ser, fumó su macuche, luego echó una espesa bocanada de humo, Si se le ofrece algo de mi tierra, solo tiene que pedirlo, Ya que lo dice, ¿cómo andan por allá de poceros?, Tengo el mejor, ¿sabía usted que la tierra es redonda como una calabaza?, Algo oí, Pues este hombre puede llegar a la otra punta si se lo propone, Le voy a agradecer que me lo mande, a mi mujer le gustan los pozos redondos y profundos, se les queda mirando vaya a saber el diablo por qué.

¿Cuántas norias quiere, don Pedro?, preguntó Luis Pérez al hombre del equipal, Tres estarían bien, aquí, alrededor de la finca, Necesito una cuadrilla para hacer los adobes, arrimar leña y cavar, Fulgor, indícale los lugares precisos, no quiero que esto se llene de hoyos inútiles, Con todo respeto, don Pedro, de eso me encargo yo, en cuanto me ponga en la obra sabré dónde deben ir exactamente, don Pedro lo miró encandilado, Si se llega a enojar la tierra con tanto escarbadero, me avisas, Tengo mis pactos, don Pedro, no se preocupe. Entonces dale lo que necesite, ordenó a su capataz, y dejó que sus ojos volvieran al camino. Tenía años de saber lo que vendría por ahí y no quería estar desprevenido.

Anocheecía cuando llegó a la Y griega. Unos hombres recogían el cadáver de un joven y lo colocaban en una carreta para transportarlo, Buenas noches, señores, ¿a cuántos kilómetros se encuentra Baimena?, No sabemos, señor, aquí la distancia se mide por horas o por días de camino, O por subidas y bajadas, He oído que está lejos, dijo otro, Como quince días o más, y se fueron alejando rumbo a La Media Luna, Ese hombre debe estar loco, alcanzó a escuchar. No obstante, continuó su andar: Siempre llueve y no hay relámpagos, había dicho el arriero. Él iba por el resto de las piedras antes de que desaparecieran con la humedad.

El enfermo se hallaba en terapia intensiva. Pureco y el canoso ingresaron a la habitación en silencio. Reanimador, soluciones, tubos de oxígeno. Luz suave. Una enfermera les pidió que no lo perturbaran, Ha estado delirando toda la noche y está muy cansado, por la mañana tuvo un paro cardíaco y casi se nos va,

¿Puede hablar?, No, pero no le para la boca, ¿Se le entiende?, A veces: piedras, polvo, Apulco, Tuxca, Comala, la noche en que mataron a su padre, es lo más coherente que me ha tocado oír, los hombres se acercaron, Unas veces sonríe y otras suspira.

Tenía los ojos en blanco, Celerino, aquí está el señor que querías ver, farfulló el canoso, Pureco se puso a modo para que lo viera, ¿Te acuerdas? Era tan parecido al monje: cara alargada, frente amplia, peinado hacia atrás, ojos tristes, que no dudó que fuera él o cuando menos un hermano gemelo. Podría ser su tío o su padre, ¿por qué no descubrió el parecido en la cantina? De pronto sintieron un frío inclemente, y aunque nada se movía, un fuerte silbido invadió la habitación. Por un instante vislumbró su vida entreverada con sus nuevos recuerdos. Un tío que contaba historias de viajes y aparecidos, un niño que leía en una biblioteca prohibida y era asaltado por espadachines que hablaban torvamente y luego devorado por ballenas asesinas. Los ojos del enfermo se movieron hacia él, durante un momento permanecieron quietos, observando, vivaces; el canoso temblaba, Espere un poco, susurró con una voz familiar, a él no le quedó duda de que era el monje, el viento huracanado que solo ellos sentían los peinaba hacia atrás, entró la enfermera, No se acerquen tanto, por favor, preparó rápidamente una jeringa, Solo la tierra sabe y se lo dirá, masculló el moribundo, Baimena: el sitio zzzzz, expiró en ese instante, la enfermera se quedó de una pieza, reaccionó, intentó inyectarlo en la vena pero la aguja se rompió. Brazo duro y qlap.

Mientras el canoso avisaba a su familia que se arremolinaba nerviosa en la sala de espera, la enfermera entregó una bolsa negra a Pureco, Su ropa, nunca la recogieron, el chicano la abrió, sacó el hábito desgastado y una vieja bota para escalar.

No encontró a Tiburcio Ávalos, unos jóvenes jugaban fútbol, exigían la pelota y maltrataban el jardín con sus correrías. Ocupó la banca de siempre,

¿Un mezcalito?, pensó, Ni lo mande Dios, quién sabe que contendrá esa bebida que me pone tan loco. Ahí seguía el convento, la iglesia, el kiosco. Vio el cielo azul profundo sin emocionarse. Notó el pasto descuidado, la tierra de los rosales reseca, la siempreviva chamuscada. Los jugadores corrían desaforados, gritaban, maldecían; un tiro mal ejecutado puso la pelota cerca de él, un joven delgado llegó por ella, un ventarrón alborotó la hojarasca. El monje le sonrió, vio su hábito limpio, sus botas de escalar perfectamente acordonadas. Su rostro era bisoño, pero sus ojos eran dos huecos abismales. Lo vio despejar con destreza, regresar al campo. Intentó ubicarlo entre los que corrían, pero no lo logró. Apretó los puños, percibió que se le caía un pedazo de muslo cuando en realidad perdía un recuerdo.

En la esquina atendía la mujer hermosa de vestido almidonado del cuello al tobillo, Qué razón me da de Tiburcio Ávalos, ¿Tiburcio Ávalos?, reflexionó, ¿Es de aquí?, El jardinero, un señor de edad, Por Dios, señor, no tenemos jardín menos jardinero, sonrió beatífica. Pureco prefirió abandonar la tienda, una parvada de zopilotes sobrevolaba el pueblo, cruzó la calle para llegar al atrio de la iglesia: su única torre se alzaba imponente, el piso era de ladrillo y ardía una veladora en la tumba de Petronilo Santana, un antiguo párroco. Volvió al jardín, un par de veces quiso ir por una botella de mezcal, pero se sentía atemorizado. Todo flotaba, solo la banca era segura.

Amaneció en Guadalajara.

Lily, tiene que probar esta bazofia, le juro que no la pude hacer peor, le mostró el plato con un *hot dog* orgánico, la mujer sonrió, Eso de que las salchichas son sanas cuénteselo al presidente, pero usted es la jefa y yo obedezco, Armando deja de criticar y mándala a la mesa tres con la señora Wilson, Vaya amiga que es usted, siempre queriendo empeorar la vida de sus invitadas, Al contrario, ayudo a que su alimentación sea la correcta, y la verdad no tiene mal

aspecto, Yo no me la comía ni a balazos, dígame que si quiere le preparo un pescado en salsa de damiana para que reflexione sobre la vida, lo que ha hecho, lo que le falta por hacer y con quién; no se enoje, mejor déme razón de su viejo, ¿sigue en México?, En Guadalajara, pero en el hotel nadie lo ha visto, no responde el teléfono; no tarda en llegar Macedonio, le he pedido que me acompañe a buscarlo, ¿Macedonio?, no me diga, pinche Macedonio, capaz que también se pierde, No lo creas tan tonto, De tonto no tiene un pelo, pero de loco qué tal, ¿por qué no lo casa con la señora Wilson, qué no es viuda también?, Deja de decir idioteces, Armando, por favor, Hoy está muy rara, doña Lily, mejor me voy a atizar el fogón. Mientras se retiraba vio a la señora Wilson disfrutar el *hot dog*, Soy un pinche genio, hasta lo que cocino mal me sale bien.

¿Quién es usted?, inquirió el canoso después de un trago gordo, estaban en Los Equipales, habían vuelto del hospital; Pureco, a quien la pregunta le sonó extraña, acertó a decir: Es lo que quisiera saber, se tomó dos píldoras para los nervios, miró al cantinero que lo observaba circunspecto, ¿También olvidó eso?, no me haga reír, Desde hace tiempo soy un gran vacío, ¿Tiende a la filosofía barata, verdad?, no me salga con eso, rostro patibulario, He sido testigo de la muerte de un amigo y eso condiciona cualquier respuesta, usted estuvo allí y para mí que tuvo que ver con el desenlace, Y además debo saber quién soy, ¿cierto? Mi mujer se llama Lily y hace las mismas preguntas, Es que, estará de acuerdo en que todo es muy extraño, Celerino era mi amigo, hombre coherente, empresario exitoso, honrado, ¿por qué pidió verlo precisamente a usted?, ¿qué significan sus últimas palabras? El cabrón no llamó a su familia, a su mujer, a sus hijos, quiso verlo a usted, una persona con la que había cruzado unas cuantas palabras en una borrachera casual, y en cuanto lo vio habló y murió, ¿es irrelevante? ¡No me chingue!, ¿De dónde era?, De Chachauatlán, un lugar asolado por la sequía donde según él hubo un tiempo en que era un paraíso, bebieron, ¿Entonces?, Busco a Pedro Páramo, se hizo un silencio de espátula,

Esa noche lo comentó, a decir verdad, nos causó bastante gracia, ¿cómo se le ocurrió?, No lo busco vivo, usted lo interpretó así cuando me dijo que lo había visto en San Gabriel, Sin memoria, ¿eh?, Lo que tiene relación con eso no se me olvida, observó sus uñas, ¿Se da cuenta en lo que anda?, Durante mucho tiempo he buscado las piedras desmoronadas en que se convirtió su cuerpo cuando cayó, un golpe seco, De veras que es usted pendejo, por no decirle más feo, ¿de dónde saca que eso es real?, Siempre se puede elegir el sufrimiento; por si lo quiere saber, casi lo consigo, me faltan dos o tres piezas, es un cuerpo muy rebelde, viera que no se está quieto, no hay mañana que no amanezca desvencijado, ¿Dónde ha buscado?, ¿Dónde no?, ¿No le bastan los panteones?, Este país es un extenso panteón, Y el cantero qué tenía que ver, ¿por qué le dijo que la tierra se lo diría?, No he dejado de preguntarme lo mismo, nuevo silencio, ¿A Celerino le gustaba el montañismo?, ¿De dónde saca eso? No conocí persona más sedentaria que él, su autopsia dice que tenía obstruidas las coronarias por falta de ejercicio, Le creo, en cuanto a mí, Pedro Páramo y las piedras en que se transformó su cuerpo se han convertido en mi razón de ser, y si soy preciso: en mi razón de muerte, Qué tumbado está usted, amigo, y perdone la franqueza; a Celerino le gustaba tomar, inventaba cada historia, pero no estaba loco. Entró un hombre muy sucio, angustiado, pálido, con un cuchillo ensangrentado en la mano, la ropa manchada de sangre, trastabillando se dirigió al cantinero, ¿Qué me diste de beber, madre Villa? Dejó caer el arma que de dos botes llegó a los pies de Pureco. El cuchillo con que mataron a don Pedro, percibió. Tembló, las botellas vibraron, quedaron a oscuras.

Se oyeron redoblados gritos de mujer y un violento tropel sin polvareda.

La Navidad es buena para todos: comes, bebes, prometes, ríes, confías, regalas. La vida se vuelve rojiverde y luminosa. Ah, y las canciones: qué ternura. Solo la casa de Nick y Lily se encontraba a oscuras, sin el menor indicio de la época. En el jardín la fuente era un bodoque oscurantista lleno de basura y veneno. Adentro, los

dueños se abrazaban temblorosos, ebrios, respirando como si tuvieran mucho frío. De la habitación del fondo salía un bullicio apagado, un canto agónico. Las sombras entraban y salían como si estuvieran velando a alguien. Todo se hallaba impregnado de un aroma rancio, insoportable. Un lugar fuera de coordenadas. Lily no sabía cómo se había dejado atrapar por la situación: mantenía a Nick en su regazo con valentía y entereza, Estamos vivos, murmuraba, vivos, no hemos cometido incesto ni matado a nadie, vestía un camisón impecable, Nick en calzoncillos. Cerca, en una mesa pequeña, el ejemplar incompleto de *Pedro Páramo* vibraba. Por las ventanas empequeñecidas se colaba la luz callejera. Cuatro botellas de tequila vacías y dos a la mitad, caballitos vacíos y llenos en diversos puntos de la habitación. Por momentos subían las voces: Tío Chabelo, ¿me paga las albricias?, De ellas mismas, Ah, no, ¿Quién viene contigo?, Si quiere saber pague, Está bien, quédate con El Vigía, Es la Yaya, Linda de tu madre. Era un señor muy catrín, se llamaba Pomposo Arce, ¿Tú lo conociste?, Cómo no, y también a su mujer, era una chaparrita morenita, le decían Chila, O sea que nosotros deberíamos ser Arce, Exactamente, Qué cosas, ¿no? Alguien cantó: *Qué bonita chaparrita china de los ojos negros, tan bonita y cariñosa yo me la voy a llevar*. De pronto el libro se deshizo, sus páginas flotaron por la estancia. Lily escuchó campanas y pensó que estaba en Europa, aunque el templo que recordaba era el de Apulco, su majestuosa sencillez. Luego, la novela cayó poco a poco sobre los cuerpos hasta cubrirlos y dejarlos totalmente húmedos.

Lo buscan, murmuró el cantinero bigotudo señalando el fondo del local con un movimiento de ojos. Le sirvió tequila, Pureco apuró el caballito y miró a la sombra que escupía, Estaba yo en ese naranjal, iba a comerme una y a enterrar las cáscaras cuando llegaron mis padres, por eso sonreí. Severiano Jiménez no lo perdía de vista. Lo tuvo claro: tus enemigos siempre serán más que tus amigos y jamás los conocerás a todos. Le lanzó con fuerza el caballito, Severiano lo atrapó con la punta del cuchillo y lo empezó a girar. No supo qué

ocurrió después, porque salió corriendo del local entre un tropel que casi lo mata. ¿Dónde había dejado el puñal de Abundio?

Respirando grueso, se detuvo ante el monje que lo miraba demandante: Apúrate, tarugo, con el cigarrillo que fumaba encendió otro, Estamos muy cerca, y se alejó con rapidez. El viento revolvía la hojarasca.

¿Dónde estoy? Caminaba por la calle pedregosa observando las puertas cerradas. Al frente el cielo se iluminaba por luces pirotécnicas, Era día del santo del pueblo y celebraban en la plaza. Fue hacia allá. El clima que te gusta. Unos jinetes le dieron alcance, Señores, busco un pueblo donde siempre llueve y jamás relampaguea, Equivocó el camino, amigo, por aquí solo hay sequía, los vio alejarse rumbo al jolgorio.

Vuelva sobre sus pasos, dijo una mujer a su espalda, Ellos nada saben, son ánimas benditas, María Rodríguez pasó a su lado sin mirarlo siquiera, ¿Qué tal si visita de nuevo la Y griega?

Supe que me andaba buscando, amigo, ¿para qué soy bueno?, no pudo agredirlo, ¿Con quién tengo el gusto?, bajo, de mirada ansiosa, Soy el profesor Nicanor Villalpando para servir a Dios y a usted, tiró las cáscaras de naranja a un bote de basura y caminaron juntos, Usted fue el enemigo público número uno de Pedro Páramo, ¿no es así?, por una calle ancha y arbolada, Más o menos, ¿Sabe algo de sus restos?, se concentró, dio la impresión de que tardaba en encontrar sus recuerdos, No puedo fumar, no lo disfruto, perdí los sentidos del gusto y del olfato, pero viera cómo se me antoja, estaban tan astrosos que la gente les dejaba vía libre, Ser enemigo de Pedro Páramo fue algo excepcional, ahora que lo pienso: nada como liderar una causa perdida, al principio fue porque me enteré de que le había hecho la corte a mi mujer antes de casarnos, y que de alguna manera terqueaba el muy indino, después, y ya encarrerado, porque era un cacique poderoso al que había que combatir, un ser nefasto, inhumano, corruptor, que hacía de la gente lo que le daba la gana; un verdadero mentor no lo podía permitir,

era la única fuente de orientación real que tenían los desposeídos y no les iba a fallar. Trabajaba doble turno en una escuela miserable, qué digo escuela: en un cuarto de tres por diez nos arracimábamos cuarenta y siete muchachos de todas las rancherías y yo. Las niñas no recibían instrucción. A sus padres les daba consejos para evitar que los despojaran, Pedro Páramo era tan labioso, que antes de comprarles sus eriales por una bicoca les sonsacaba quién los había asesorado. Al rato no necesitaba hacerlo, sabía que era yo; eso de enemigo público número uno era un orgullo insano para alguien tan modesto como un servidor; me preparé, leí todo lo que pude sobre leyes, códigos y demás, pero el señor Sedano jamás apareció, no fui tomado en cuenta, no tuve el privilegio que sí tuvieron otros enemigos. De sus restos no sé bien, he oído que lo enterraron en tierra bruta, pero no supe dónde, Me dijeron que a la mujer de usted le gustaba cantar, Mataba por hacerlo y tenía una voz de esas que ponen el cuero de gallina, tendría que haberla oído, ¿Y cuáles fueron sus canciones favoritas?, aunque miraba a todas partes, no se detenía en los transeúntes, Lástima que no pueda fumar, es un placer al que no tengo derecho; pobre Conchita, cómo la afectó nuestra parentela, no descansaron hasta que acabaron con nosotros; ¿sus canciones?: una era *Sobre las olas*, otra *La Teodorita*, pero la que mejor le salía era *Estrellita*, la del señor Ponce, dejábamos lo que estuviéramos haciendo para oírla; fíjese que la enterraron en un panteón donde no conoce a nadie; apenas me avisó, y ya que conseguí salir para hablar con usted voy a aprovechar para ir por ella, pobrecita, no tiene por qué sufrir en muerte lo que ya sufrió en vida; nos vemos y si encuentra esos restos, quémelos, no vaya a ser que sigan haciendo de las suyas, ¿Qué me dice de los que se convierten en cuacha?, No lo mencione, amigo, se persignó, farfulló, Son la ponzoña de la vida, lo único que saben es dañar.

A punto de llegar a Los Equipales desapareció mientras cruzaban la calle.

¿Qué es ese encargo de Tiburcio Ávalos, hermano? Es sobre Pedro Páramo, quiere saber dónde está, ¿Y?, Pues por aquí no se le ha visto, los vecinos dicen que nunca llegó, que tuvo miedo, vieras con qué ganas lo estaban esperando, ¿Miedo don Pedro?, No creo, uno no cambia tanto cuando se muere, Es lo que se oye, ¿Qué hubieras hecho si se te hubiera presentado?, Nada, ¿Nada, olvidaste lo que nos pidió nuestra madre cuando crecimos?, No, pero me hubiera dado vergüenza reclamarle, Pobre vieja, ¿te acuerdas?: Hijos, no vayan a pedirle nada, exíjanle lo que estuvo obligado a darnos y nunca nos dio, ¿este gusano es tuyo o es mío?, Tuyo, acabas de llegar, Es cierto, mejor platiquemos de nuestros ratos con aquella mujer, tenía dos lunares, ¿te acuerdas?, Me acuerdo.

Escudriñaba el empedrado, las paredes desnudas, las plazuelas; un tiempo largo husmeó en la catedral, en el Colegio Luis Silva, con una vocación inexplicable; comió quesadillas en Santa Tere y entró en San Juan de Dios. Había llegado esa mañana dispuesto a todo. Dos noches antes había recibido a sus padres y se hallaba inquieto, No es tanto el tiempo que necesito ni son tantas las piedras que me faltan, ¿por qué se mueven de esa manera? No hay noche en que las sombras no salgan fastidiadas, por Dios que ya me dan pena ajena, ni parecen un cuerpo, Lily fue con su familia, aquí dice que debo recogerla en el aeropuerto, ¿cuándo lo anoté? Pobres padres, no sabían del asunto y no hubo manera de explicarles, los muertos no saben nada de nada o cuando menos, no se acuerdan, con tanta oscuridad debe embrutecerse la memoria; luego el maldito ventarrón que nos impidió ponernos de acuerdo, ese monje no me deja ni a sol ni a sombra; Nahual es mi apodo, es bonito, ¿verdad? Así me decía mi madre. Me tuve que venir a Guadalajara, no quiero morir sin completar ese cuerpo, ¿A dónde va amigo?, escuchó claramente, A San Pedro Toxín, respondió una voz cascada, Viaje de placer, Qué más diera yo, lo que quiero es comprar una vaquita y me dicen que por ahí se dan muy buenas, Tenga cuidado, hay gente mala por allí que no para de rondar, Pero no es de allí, llegó con la sequía, ya ve lo que está pasando con las lagunas, con el lago de

Chapala, ¿y usted?, Ya estaría de Dios que nos acompañáramos, voy para San Pedro también, me mataron a un amigo muy querido por una nimiedad, voy al velorio, Hombre, lo acompaño en su sentimiento, Dejó cinco hijos. Luego se oyeron los cascotes de los caballos. Pureco sonrió, Qué poblado está el mundo, vislumbró el letrero de Los Equipales y entró, vio al canoso que leía *Les misérables*, Se va a quedar ciego, reflexionó, Resulta difícil leer con esta luz; no sé qué sea *Pedro Páramo* para los demás, recordó cómo se había deshojado su ejemplar, para mí es un misterio, algo que no alcanzo a dilucidar; no sé dónde nací, dónde crecí o cuántos años tengo, me agradó perder mis recuerdos; sin embargo, voy a encontrar esas piedras, no puedo dejar ese cuerpo inconcluso, más si es semejante a Dios y a sí mismo. Habían transcurrido siete minutos cuando llegaron Celerino y las muchachas. El canoso guardó el libro en el portafolios que se hallaba sobre una silla donde las mujeres dejaron sus bolsos. Entró el poeta, se sentó sin saludar ni abrir la boca para nada que no fuera beber.

Afuera flotó una lluvia menuda, sin relámpagos; un hombre empezó a cantar, otro se puso de pie, Perdón, señores, se acaba de morir mi mujer, ¿cómo está amigo?, se dirigió a Nicolás, No tengo para pagarme un trago, lo único que tengo es esta daga, pero al rato la voy a necesitar, Pureco hizo señas al cantinero de bigotes desparramados para que le sirviera aguardiente. El canoso conversaba animadamente; en ese momento Celerino golpeó la mesa derribando las botellas, Pedro Páramo era hombre, no pedazo, gritó, No permitiré que se hable así de él en mi presencia, Pureco pidió la otra, la necesitaba para controlar una inesperada alegría; evidentemente, esto no tenía nada que ver con los tianguis ni con los metates de la madre de Francisco I. Madero.

Lily y Macedonio Fernández conversaban circunspectos, Armando les acercaba pequeñas porciones de guisos para que las degustarán hasta que Lily lo detuvo, Armando, por favor, siéntate, me traumas tanto ofrecimiento, y como debo decirte la verdad, hoy no ha sido tu día, las quesadillas en salsa de fresas te las paso, pero ese pudín de

aguacate sabía a diablos y la crema de alcachofa con frijol negro fue un fiasco, Desde que usted quiere convertir este cuchitril en un restaurante naturista algo me está fallando, y también estoy preocupado por el bestia, Pues ven con nosotros, no creas que confío mucho en los enfermeros, además a ti Nick siempre te ha hecho caso y hay que internarlo a como dé lugar, por la ventana el tráfico era una tortuga poniendo huevos, A México no voy ni amarrado, ya se lo dije; también le advertí a su marido lo peligroso que era, Piénsalo, Macedonio y yo nos vamos mañana, ¿a quién le temes?, No es temor a alguien, es a algo, en cuanto pisas tierra te quieres quedar, te da un pinche cosquilleo, se siente la verdadera libertad: puedes comer despacio, tomar cerveza en el carro, si te enganchas con alguien y se hace la machaca, sabes que no te va a demandar por violación o embarazo, es un pueblo civilizado, Ese México es imaginario, interpuso Lily, No puede haber libertad con tanta miseria, Lo dice porque le da envidia, allá pasan cosas que nunca pasarán aquí. Claro, como desquiciar a mi marido, A mí me interesa México por la X, es como un ancla en la roca de Magritte, Macedonio era delgado, de rostro afilado, barba rala y mirada penetrante, ¿Por qué no se van ahora mismo? Sirve que dejan de jorobarme y vuelvo a lo mío, Macedonio debe pedir permiso en la universidad, ¿qué tal si nos aparecemos con un psiquiatra?, No lo aconsejaría, si de por sí el pobre cabrón no está completo, imagínese si se aparecen con un loquero, pega la carrera y no lo vuelven a ver por el resto de sus vidas, Que no se lo perdone suena bien, ¿Sabe dónde está?, Esta mañana llamé al hotel, había salido y como bien sabes nunca le han gustado los celulares, Nada mejor que buscar a alguien que no está, expresó Macedonio emocionado, unos cuantos clientes hacían sobremesa, ¿No me van a despreciar un tequilita, verdad? Me acaban de traer uno que está de pelos, ¿han probado la miel virgen?, pues hagan de cuenta. Mientras hablaba se puso de pie, regresó con la botella y tres caballitos que sirvió y colocó frente a cada quien, Mi estimado Macedonio, esta es la verdadera X de México, si traes calzones, agárratelos, cabrón; ¿lo pueden sentir? Con este aroma uno puede vivir cien años: espesito,

suripanto, iban a tomar los pequeños adminículos cuando se derramaron hacia un mismo punto.

Lily se puso de pie: azorada, Oh, por Dios, Macedonio atajó el líquido con siete servilletas, Armando, ¿qué onda?, se clavó en la botella: «Tequila el Tesoro de don Severiano, envasado de origen, doble destilación». De la cocina llegó un estrépito de ollas.

Una sacudida lo despertó. El sonido quebrado de la puerta y la lámpara que vibraba.

Estudió su reflejo en el espejo, tenía el rostro terroso, agrietado, la boca triste; se afeitó, se lavó los dientes, ¿Qué pensaría Tiburcio Ávalos de las palabras de Celerino?, vio sus uñas sucias, sus manos viejas: se las lavó, pero no cambiaron de aspecto, Seguro se echaría un trago de mezcal y me contaría de las rosas. Iba a tomar su píldora para los nervios, pero las echó a la basura, He olvidado el rostro de mi mujer, ¿cuál era su nombre? Por la ventana entró la claridad. Se asomó y ahí seguían los caballos con su galope muerto, en medio de la glorieta, ¿Cuánto tardará la tierra en avisar? Si las primeras piedras las encontré en el puente de las mulas, allá en Apulco, ¿dónde estarán las últimas? Se mueven porque están incompletas, ya me tocará verlas quietas cuando lleve las que faltan; ¿qué harán las sombras? Si conocen la velocidad de la luz, es muy probable que conozcan también la de la oscuridad. Les pondré sillas para que descansen, ¿Qué quieres?, inquirió María Rodríguez con su voz de madera. Me dijeron que usted distinguía las sombras, que sabía quiénes eran y..., Deja de molestarme, entró en una casa sin puertas que desapareció de inmediato, A lo mejor es una misma sombra que no se puede acomodar. Encontré piedras grandes y chicas, pesadas y livianas, pardas y rosadas; ocurrió poco a poco: hallé una en el cerro del Fraile, dos en el lienzo del convento, tres a la orilla del Ayuquila y así. Los restos de un hombre malo florecen en cualquier sitio, solo debe ser seco y muy salino, escuchó un relincho y sonrió. Bueno, es lo que digo, no me pregunten por qué, ya la tierra lo dirá, ¿cómo? Lo sabré; ¿qué haría mientras tanto? Sentarse y esperar, esperar, esperar; ese regodeo que hace más grandes a los

grandes, ¿Qué significa Baimena?, ¿tiene algo que ver con las piedras? En eso sonó el teléfono.

¿Te digo la verdad, Marsalis? Quiero a ese descastado conmigo, por eso tomé las riendas del asunto, lo primero que pensé fue llevarlo a un hospital, ya sabes que conozco ese tejemaneje como la palma de mi mano. Que lo rehabilitaran, que le sacaran los demonios y lo convirtieran en el ser cariñoso, sensual y atento de quien me enamoré, ¿te acuerdas? El siguiente paso era deshacerme de las malditas piedras, que fueran a dar al basurero, luego desinfectar, pintar la casa y venderla. Huele a cadáver, a resucitado, no sé. Al pobre señor Ferguson se le han fugado diez perros en menos de un año. Está flaco, solo, desamparado, varias veces me ha preguntado qué hace esa horrible fuente en nuestro jardín y de dónde vendrá ese olor tan ingrato que crece por las noches, el pobre no se da cuenta cómo me trauma que me lo diga. Quiero que Nick se alivie, Marsalis, que se ponga sano, que olvide sus andanzas por esos pueblos polvorientos y miserables; luego lo alimentaré como es debido, lo llevaré a Europa, a Italia: Venecia estaría bien. Hasta que se reponga.

Durante varios días cavilé eso, ya ves que no me cuesta mucho adueñarme de la situación; sin embargo, cambié de opinión, ¿lo puedes creer? No sé qué me pasó, fue como si me hubieran golpeado en la cabeza y lo que veía negro de pronto resultara blanco; ahora quiero estar con él, acompañarlo, comprender qué ha influido tanto en un hombre tan moderno, tan exitoso, tan hábil para los negocios; tú bien sabes que sacó su fortuna de la nada. Religioso no es, político tampoco, débil, jamás. Me resisto a aceptar su debacle. Así que date por enterado y prepárate por si me debes acompañar; eres lo más querido que tengo, posees la virtud de saber mis secretos más significativos, ni más ni menos, y no te puedo dejar. Intentaré convencerlo de que se atienda, de que me acompañe al yoga, de que coma correctamente; avisé a Macedonio, ya ves cómo es: el desgraciado ni se acordaba. Por lo pronto, mañana salimos para México.

¿Usted es el que busca a Pedro Páramo?, Puede decirse de esa manera, estaban en un pueblo, en una cantina oscura, Qué extraño, ¿escuchó el ladrido de los perros?, afirmó, en cuanto empezamos a hablar de él se acabó, ¿sabe lo que significa?, Pureco negó, que llegó, debe estar cerca, usted es un hombre lleno de dudas, lo veo en sus ojos, en cómo se limpia las uñas, puede preguntar lo que guste, cada respuesta vale un caballito con tequila reposado, Si la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad?, No sabía que se movían, siempre pensé que eran fijas, ¿la del arco iris también? La puerta se abrió violentamente. Quién me busca, preguntó un hombre alto que sin esperar respuesta acomodó un equipal de tal manera que pudiera mirar hacia fuera y se instaló en él. Se arrebujo. Los hombres se miraron, Pureco acarició el cuchillo que había rebotado hasta sus pies, lo tomó de la cacha y sintió el jalón hacia don Pedro. Experimentó una vibra extraña, pegajosa, desconocida. Afortunadamente su compañero lo abrazó, Un hombre no debe morir dos veces con la misma arma, susurró, no es de hombres. Pureco la dejó caer y se marchó. En el equipal don Pedro miraba suave, como el que sabe que lo que espera jamás llegará.

Si no hubiera sido por nosotros este pueblo estaría en ruinas o desde cuándo habría desaparecido, ya ve que aquí todo lo que no es invadido por la capitana se convierte en polvareda, Cuando no estamos saturados de humedad, esgrimió un hombre delgado que escuchaba atento, padecemos una sequía atroz. Al principio éramos dos, aquí el señor y yo, Después se fueron agregando y como puede ver, ahora no necesitamos contarnos, Aunque somos varios miles, añadió el flaco, hay una relación entrañable entre todos, Que no lo engañen los gestos de horror que cada uno evidencia con la mayor facilidad, así quedaron nuestras caras: somos una advertencia sobre la parte más oscura y perversa de la humanidad; ese, por ejemplo, ya lo ve tan sosegado, pues lo mataron en el 68, querían que confesara la próxima invasión de las potencias extranjeras a nuestro país, se infartó cuando le echaban Tehuacán con chile por la nariz, A

mí me inyectaron agua en las venas, Me aplicaron picana hasta que ahí quedé engarrñado, No pude resistir el potro, se me rompió la columna, Primero me violaron, después me cercenaron los senos, al final me electrocutaron en una tina con agua, Soy de los que dejaron caer de un helicóptero atados a un bloque de concreto, me tocó en el Golfo de México, A mí en el mar de Cortés, Me castraron y me desangré, Después de sodomizarme me decapitaron, A mí me enterraron vivo, Yo no aguanté los golpes, me dio un paro, estoy así porque me quebraron los huesos con un bat, Me sacaron las uñas y no me dejaban dormir.

¿Y ese que se apartó al fondo?, No le gusta hablar del asunto, pero lo mataron con una gota de agua en la cabeza, si se fija notará que tiene un orificio del cráneo a la barbilla.

Vaya que se encontraron, ¿han pensado en Baimena?, Siempre, solo que es para los pétreos, nosotros somos polvo.

Y flotaron, creando una leve turbiedad similar al talco.

La torre del templo de Apulco no resistió el temblor y cayó despedazada. Pureco entró al pueblo y se distrajo con el novísimo paisaje, tuvo que frenar intempestivamente: un monje: el monje se le había atravesado. Pensó una maldición pero no la dijo, se hizo una pregunta pero no se respondió. No reparó en la falta de viento. Con rostro rozagante lo saludaba, los zapatos viejos perfectamente acordonados, luego se perdió calle arriba, rumbo a los puentes. Pureco avanzó, estacionó su carro en la plaza a un lado de la tienda. La señora de vestido de cuello en V lo miró sin interés, No me lo explico, expresó, no fue un temblor fuerte, ni los perros lo sintieron, si se fija, fue lo único que se cayó. Buscó al jardinero sin encontrarlo. La torre era un reguero de escombros sobre el piso quemado.

Se aproximó lentamente. De lejos llegaba una música desconocida. Desde su salida de Guadalajara sabía que algo iba a ocurrir, «Tonaya 72», el canoso le había llamado, pero no podía acompañarlo. Ya más cerca vislumbró a una mujer que se apartaba el pelo de la cara y a un hombre que la observaba. Ella, protegida

con guantes de cirujano, recogía algo del piso y lo echaba en una bolsa de lona. La cruz de la torre estaba recargada a un lado de la tumba del padre Santana que se hallaba cubierta de polvo. Se arrimó, sobresalían en el frontispicio un par de columnas cuadradas y una bocina en buenas condiciones, ese aire, le pareció gente conocida, pronto distinguió a Severiano Jiménez que sonreía sarcástico. Traía la misma ropa y según constató, el mismo puñal de cacha alargada. La cicatriz debidamente cubierta con su mascada roja. Ella tomó con firmeza la bolsa y se volvió: era la doctora Campuzano.

La traición tiene muchos gestos, pero uno es el que prevalece.

Señor Pureco, Severiano con gesto agrio escupió, le compro sus piedras, no son muchas, las de Pedro Páramo, solo las del principio, cuando no me había dado cuenta de que yo también las quería; las demás puede quedárselas, son humanas, aunque no sé de quién, tal vez por eso se mueven tanto.

Ella continuó sus explicaciones, Las demás se hallan en mi bodega, con las cuatro que encontré aquí están completas, haremos algo más interesante que acapararlas en una habitación y obtendremos mayor provecho, el señor Jiménez y su grupo tienen algunas ideas convenientemente lucrativas. Él no la escuchó. Había perdido el último recuerdo: traer cigarros. Miró a su enemigo que seguía sonriendo, al puñal sangriento en su mano, estilando, Baimena, murmuró, y fue como si el derrumbe hubiera ocurrido en ese momento.

Se sentó en la banca donada por la marmolería El Periférico, frente a la puerta abierta del convento. En el patio dos frailes se ocupaban del sembrado: desahijaban, regaban, cantaban una canción ranchera. De pronto, vio al jardinero que se acercaba, se iba despedazando, claramente vio volar unas costillas y la mitad del brazo izquierdo. Llevaba unas ramas verdes en la mano.

¿Vio lo que le pasó a nuestra torre? Vizcaíno debe estar llorando de tristeza, pero la vamos a reconstruir, usted que va para Baimena y porque de alguna manera estaban emparentados, dígaselo: los

viejos de tu pueblo reconstruirán la torre, que no se aflija, aprovecharemos para hacer pequeñas reparaciones al altar, bien dicen que no hay mal que por bien no venga, ¿Soy pariente de...?, ¿voy para Baimena?, el viejo sacó una botella de mezcal de su costado, Claro, al norte, y estás por llegar a la Y griega, brilló la daga cacha de cruz, Vine a despedirme, se bebió la mitad, le pasó el resto. ¿Conoce el camino?, No sé cómo, pero tengo que hacer florecer estos rosales, sacudió las ramas y se alejó, Toma uno de los puentes y llévate una ramita de albahaca para que no te falte la suerte. Pureco lo vio perderse en dirección a La Media Luna. Observó a los frailes que recogían calabazas y a dos muchachas que se reían con ellos.

Un punto en el horizonte llamó su atención. Era María Rodríguez: Nicolás Pureco, es tiempo de que te vayas, tu búsqueda ha terminado, ¿Búsqueda, buscaba yo algo?, la vieja torció los labios: era una sonrisa, Ten, son tuyas, le dio las cuatro piedras rescatadas de la torre caída, júntalas con las otras, Cuánto tiempo tengo, Unas tres horas.

¿Sabes dónde se encuentra Lily?, Te fueron a buscar a México, ¿qué te pasó? Por qué estás tan..., Estoy muerto, Pinche Nick, con razón a tu vieja no la calienta ni el sol, Es en serio, me mataron en Apulco, ¿Qué haces aquí? Necesito tu ayuda, la doctora Campuzano me robó las piedras del cuerpo de Pedro Páramo, quiero recuperarlas, las tiene en la universidad, Esa arpía, te dije que no confiaras en ella; oye, estás igual de feo, pero no apestas, Me acaban de matar, Que te entienda tu madre que en paz descanse, ¿qué debo hacer?, Llévame a la universidad, ¿No llegas más rápido solo?, Apúrate, no tenemos todo el tiempo y debes ayudarme, Armando dio instrucciones a sus ayudantes y salieron, pensó que estaba en una broma hasta que Pureco entró a la camioneta rosa mexicano sin abrir la puerta, Tengo menos de tres horas, No te preocupes, mi Nick, nos iremos por la ruta del coyote cojo y te irás encantado de este mundo, Algunas piedras están en mi casa, tenemos que pasar por ellas.

Logró abrir algunas puertas cerradas por dentro para que Armando, que llevaba una caja con las partes, pudiera seguir adelante; sin embargo, poco a poco fue perdiendo fuerza: se estaba convirtiendo en sombra. Al llegar a la oficina de la doctora se había transformado completamente, Ya valiste madre, expresó Armando, que comprendió que debía entrar al almacén de alguna manera. Buscó un clip y lo único que consiguió fue activar la alarma que de inmediato conectó una sirena y movilizó a la guardia del lugar, ¡Me lleva la que me trajo!, vio los gestos desesperados de Nick, no le quedó más que propulsar sus 95 kilos contra la puerta que se desprendió con todo y bisagras.

Allí estaban las piedras, acomodadas, algunas sombras miraron sorprendidas a la nueva. Armando colocó el resto con rapidez y resultó un cuerpo recio, fuerte; sin embargo, se resistía a colocar el pene, le echó una mirada a Pureco que le suplicaba que no lo fuera a dejar incompleto. Con dos dedos lo instaló en su sitio, al tiempo que Pureco se acostaba y la policía universitaria tomaba el lugar.

Llovía sobre la sombra porque ahora era eso: una sombra en el camino. Caminaba seguro, alegre. Sin relámpagos. No supo cómo ni por qué, pero calzaba los zapatos del monje. Bien acordonados. Por todas partes había piedras, muchas piedras, porosas, rosadas, grisáceas; de vez en cuando se atravesaba una lagartija besucona. Enfiló hacia el norte o hacia donde le parecía que se encontraba. Sus uñas estaban sucias y crecidas, pero le daba lo mismo. Unos caballos lo alcanzaron, pero no llevaban jinetes, De manera que esto era todo, se hallaba empapado, ahora lo sé, una buena vida es una buena pregunta. Los zapatos se adherían muy bien al lodo.

Un par de zopilotes vigilaba. Lo saludaron con un vuelo circular. Tiempo después advirtió que había estado dando vueltas, que permanecía en el mismo sitio. Sonrió feliz. ¿Era la Y griega? Dejó que el agua resbalara por su cara. Por aquí se va a Comala, por allá a La Media Luna. El suelo rebosaba de cuerpos apacibles de gente transparente. Sentada o acostada. Junto a un tronco revenido distinguió al profesor Villalpando y a su señora esposa, lo saludaron

con una sonrisa, Profe, nada tuve que ver con Conchita, se lo juro, Lo sé.

Continuó tratando de descubrir el misterio de la circularidad del camino. Por momentos la lluvia se aplacaba, sin embargo, apenas intentaba apreciar el cielo cuando ya caía de nuevo, probablemente con más fuerza. En una de esas escampadas descubrió a un arriero tras dos burros famélicos, Qué tal, amigo, ¿estoy lejos de Baimena? No sabría decirle, me han dicho que paso cerca, pero no recuerdo dónde se encuentra exactamente, ¿Puedo ir con usted?, Véngase, los burros iban sin carga, ¿Por qué les gusta tanto Baimena?, No sé, es la primera vez que voy, callaron, Tal vez demos con ella al rato, cuando salga el sol, sintió que la lluvia arreciaba, las lagartijas tirando besos y los zopilotes atentos, ¿Esos zopilotes qué esperan?, Nada, son ciegos, sordos y mudos, ¿Eso significa algo?, Pureco vio que el arriero usaba sus mismos zapatos, No sé, ¿Baimena es un lugar?, No tengo la menor idea, ¿trae cigarros?, Los olvidé, A mí se me acabaron, caminaron en silencio, dos puntos negros cruzando un universo blanco, Podría ser el tiempo o la velocidad de lo oscuro, No sabría decirle, lo que he oído es que es muy reseca, ¿le urge llegar?, Más o menos, Esta vez voy a entrar, así que podemos ir juntos, Usted me parece familiar, ¿de dónde viene?, No recuerdo, ¿y usted?, Tampoco, Este diluvio ya dura cincuenta años y quién sabe cuándo se quite, Pero ¿no dijo usted que saldría el sol?, No me haga caso, estoy muerto y ya ve que a los muertos se nos olvida todo, caminaron sonrientes, viéndose los zapatos, ¿Cree que la encuentre?, A quién, No se haga, usted sabe, No lo creo, ¿Y los burros?, ¿Cuáles burros?

Y el camino bajaba, subía y daba vuelta.

Latebra Joyce,
septiembre de 2005



Nick es dueño de tres exitosos restaurantes en Chicago. Goza de una vida acomodada, pero con apenas unos cuantos recuerdos lejanos, hasta que una noche sus padres se le aparecen en una visión espectral y le instan a regresar a la tierra que sus ancestros habitaron. Así es como Nick y Lily, su esposa, comienzan un viaje hacia México: él sigue la misión de sus padres, con toda la intención de encontrar las piedras en las que se convirtió Pedro Páramo; ella, preocupada por el estado mental que este recorrido fantasmagórico ocasionó en su esposo.

Este escenario digno de Comala es un homenaje a la obra de Juan Rulfo, una novela que reconfigura en clave quijotesca el mito en el que se convierte Pedro Páramo, todo con el sello inconfundible de Elmer Mendoza, una de las voces más importantes en la literatura de su generación. *Cóbraselo caro* es un libro que nos habla sobre la importancia de la literatura, la migración, la memoria, el hogar, los vivos y los muertos.

Élmer Mendoza (Culiacán, México, 1949) es uno de los maestros de la novela policiaca contemporánea. Así lo expresan Arturo Pérez-Reverte, Mónica Lavín, Eduardo Antonio Parra y Rosa Beltrán. Edgar «el Zurdo» Mendieta, personaje principal en siete de sus novelas, es uno de los detectives más queridos del género. Ha publicado catorce novelas, algunas de ellas han sido traducidas al inglés, portugués, alemán, francés, italiano, ruso, rumano, griego y búlgaro. El escritor y periodista francés Philippe Lançon lo considera «uno de los mejores autores mexicanos, infinitamente realista e infinitamente formalista, un miniaturista de la narración, sonido, tonos. Escribe hilando voces, como un fabricante de encajes». Mendoza es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de El Colegio de Sinaloa. Obtuvo el III Premio Tusquets Editores de Novela en 2008 con *Balas de plata*; además de ser ganador del Premio Sinaloa de las Artes en 2017 y el Premio Festival Tenerife Noir en 2020, entre otros. Recibió el título de doctor *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Sinaloa en 2021. Es un entusiasta formador de novelistas y un acucioso promotor de la lectura.



Cóbraselo caro

Primera edición digital en Debolsillo en Penguin Random House: septiembre, 2026

D. R. © 2005, Élmer Mendoza
Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño de portada: Penguin Random House / La Fe Ciega

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las
ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una
edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y copyright. Al hacerlo
está respaldando
a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los
lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor
y conexos sobre este
libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda
prohibido cualquier
uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o
explotación, sea total
o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de
entrenamiento de cualquier
clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin
de desarrollo o

comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.org.mx>).

ISBN: 978-607-387-845-6

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: [@penguinbooks](#)

X: [@penguinlibrosmx](#)

Instagram: [@penguinlibrosmx](#)

YouTube: [@penguinlibrosmx](#)

TikTok: [@penguinlibrosmx](#)

Table of Contents

[Cóbraselo caro](#)
[Dedicatoria](#)
[Cóbraselo caro](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre el autora](#)
[Créditos](#)